

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

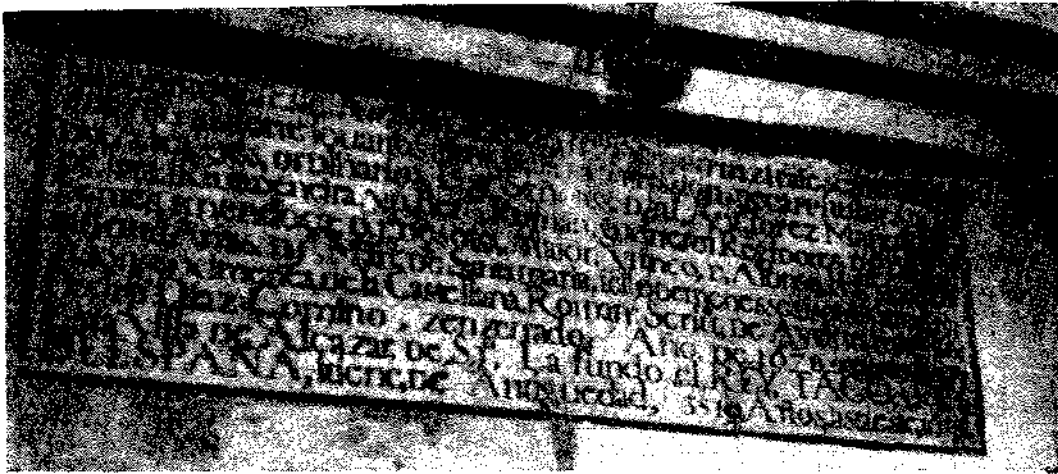
RAFAEL MAZUECOS

“Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, es imposible”

Decía DON QUIJOTE

FASCICULO XXXIII

ABRIL 1971



UNA INSCRIPCION

La que figura en el cliché que encabeza estas líneas, estaba en el rellano de la escalera del Ayuntamiento viejo y se reproduce literalmente de una fotografía que guardaba Marcelo Vaquero, el chico de Lucio, como documento útil para estudios sucesivos a pesar de que hiede no poco a fantasía quijotesca.

Dice así:

“La puerta para este Archivo, se abrió a la principal escalera y puertas a la torre i cuartos altos, i sala de prisión, de capitulares, siendo Alcaldes ordinarios Los Señores Don Ju.º Ant.º López Manrriq. De Lara i Rivadeneira y Don Ber.º Román Guerrero i Regidores Don J.º de Cerbantes i Mendoza, Don J. de Soto, Maior Yunco, Don Alonso Pérez de Marañón i Arias, Don J.º Manuel de Santa María, Tello de Meneses, i Soto Maior, y Alonso Ximenez de la Castellana, Román: Es criu, de Ayuntamiento, Podro Díaz Comino, Zenzerrado. Año de 1678. Esta Villa de Alcázar de S. J.ª. La fundó el Rey Tago, 5 Rey de España i tiene de Antigüedad, 3.519 Años, asta este, 1.678”.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Publicaciones de la
ABRIL 1971 FUNDACION MAZUECOS Fascículo XXXIII
Alcázar de San Juan

Molinillos de papel

Como tales considero los trabajos de este libro, por lo ligeros, movibles y su fácil voltear alrededor del alfiler.

Me parecen sacados del manojo de carrizos que venden en la Plaza unas gitanas. Obras de escaso aliento, pasajeras, frágiles, momentáneas, que distraen y entretienen con su vario color y su movilidad, sin pasiones, sin dolores, por el gusto de jugar, por correrlas y por verlas de volar.

Con que placer las entrego a los mozos de mi tiempo y a todo el que sienta el gusto del juego y el bienestar de su pueblo.

INDICE

Contraportada 1.ª	Una inscripción
Contraportada 2.ª	El rodar de la vida
Página 1	Molinillos de papel
Página 2	Deber histórico
Página 11	Gregorio, el ciego de Santa Quiteria
Página 14	Angel Soubriet
Página 15	La calle del Santo
Página 16	El Ruidismo
Página 18	Molinos de Viento Manchegos
Página 33	Fotografías históricas
Página 42	El Cristo y la Puerta de Villajos
Página 51	Aporte de ripios
Página 57	Manteles recogidos
Página 59	Benitillo Pérez

DEBER HISTORICO

Como tal considero para mí y obligado para el conocimiento de la historia contemporánea alcazareña, el estudio de las circunstancias de don Tomás Tapia y su tiempo.

Este trabajo es continuación del titulado PENSAMIENTO ALCAZAREÑO que figura en el libro 32 e intenta perfilar la figura del paisano ilustre y contribuir al conocimiento de su doctrina y de su influencia en el pensamiento local.

De sus circunstancias juveniles podemos agregar poco todavía a las hipótesis aventuradas en el trabajo anterior. Es sólo en su convivencia dentro de la escuela de don Julián Sanz del Río donde se puede ampliar la información gracias al libro que don Pablo de Azcárate ha dedicado al maestro, en conmemoración del primer centenario de su muerte y que contiene muchos datos de su escuela filosófica, que no pueden ofrecer dudas, porque el libro está hecho con los documentos íntimos de don Julián, que tenía guardados su último albacea, que lo fue nada menos que don Gumersindo de Azcárate. Aparte de este libro de documentación íntima existe una gran bibliografía dedicada al krausismo, que en España se sobrepasó y adquirió un relieve pedagógico y formativo difícil de superar y que seguirá dando sazonados frutos pues no le falta solera. Esa bibliografía puede ser revisada por quien lo desee, pues no es nuestro propósito analizar dicho sistema filosófico ni lo permitiría nuestra preparación y únicamente se pueden hacer algunas consideraciones que parezcan indispensables para perfilar la figura del paisano emérito. Y también algunas que otras noticias complementarias sobre don Antonio Castillo, de don Jesús Romero y de la vida alcazareña que nos permitan conocerlos mejor.

Y para que todo no sea incienso, tenemos también las indicaciones del ilustre médico alcazareño don Emilio Vaquero, con las opiniones de don Marcelino Menéndez y Pelayo en su HISTORIA DE LOS HETERODOXOS y del P. Ceferino González en su HISTORIA DE LA FILOSOFIA.

Las hipótesis formuladas sobre las posibles cualidades de la cátedra desempeñada por don Tomás Tapia han resultado confirmadas, enaltecendo sus méritos y destacando su personalidad como discípulo predilecto del maestro y figura destacada de la escuela.

La cátedra fue creada por don Julián Sanz del Río, dentro de la que él tenía en la Universidad y sostenida a sus expensas, como si fuera una sección de sus enseñanzas, para profundizar en su Sistema de Filosofía. Este solo hecho, aparte de la asistencia oficial y de los quilates de la

ética de cuantos intervinieron en ello, acredita el rigor y la rectitud que se pondrían al elegir el titular que debiera regentarla.

El 27 de junio de 1873, ante el notario don Santiago Irdiales Illana, se otorgó la escritura de división de los bienes relictos de don Julián Sanz del Río por sus albaceas y testamentarios y en ella aparece la Hija formada para la institución de la cátedra SISTEMA DE FILOSOFÍA creada en la Universidad Central, de la que es catedrático el señor don Tomás Tapia y como tal representante en su día de la persona del instituidor señor Sanz del Río, que ha de saber:

1.º Que las inscripciones nominativas de la Deuda Pública importan 400.000 reales.

2.º Lo sobrante de los productos de las publicaciones y segundas ediciones de las obras del testador, publicadas o que se publiquen, hasta completar, con los doce mil reales que produce la renta del papel del Estado, los dieciseis mil reales que es la dotación asignada a la cátedra.

Su vinculación a la Universidad queda bien probada en la siguiente cláusula:

«El cargo de Profesor es personal en la Universidad. Las faltas por enfermedades cortas serán suplidas en lo posible con días extraordinarios de lección. En las enfermedades largas y mediante autorización del Rector y Decano y de los fideicomisarios, puede ser suplido el Profesor por persona de su confianza que proponga el Rector y bajo su responsabilidad.»

Los estatutos de provisión de la cátedra llevan fecha de 15 de octubre de 1870 y los autoriza el Rector de la Universidad don Fernando de Castro y el Decano de la de Filosofía y Letras don Antonio García Blanco y los fideicomisarios.

La convocatoria para proveer por oposición la cátedra se publicó en la Gaceta de Madrid, formando el tribunal don Fernando de Castro, Rector; don Antonio García Blanco, Decano; don Patricio de Azcárate, don José Moreno Nieto, don Nicolás Salmerón, don Manuel A. Berzosa, don Federico de Castro y don Francisco Giner de los Ríos. Como para irles con camelos.

Se presentaron dos aspirantes, don Tomás Tapia y don Ricardo Macías Picavea, opositor bien conocido y que se retiró, actuando el primero ante el tribunal, que celebró seis sesiones, en la última de las cuales se confirió la cátedra por unanimidad a don Tomás Tapia, el cual tomó posesión de ella el 12 de octubre de 1871, con asistencia del Rector, del Decano y de los fideicomisarios y el día primero de noviembre pronunció su lección inaugural, falleciendo el 1 de noviembre de 1873, por lo que desempeñó la cátedra dos años justos.

Estas breves notas, que podrían ser considerablemente ampliadas pero que se extractan en honor de la brevedad, demuestran el grado de capacitación de don Tomás Tapia y que fue catedrático de la Universidad Central con todos los honores y personalidad relevante de la escuela de filosofía en que se formó, entre lo más destacado de la intelectualidad de su tiempo que acudía a la cátedra del maestro señor Sanz del Río.

En el mencionado libro de don Pablo de Azcárate hay varias cartas de don Tomás dirigidas al maestro y que interesan en el sentido de su posición intelectual y de la inclinación a su tierra. En una de ellas dice: «Mi estimado maestro: El restablecimiento de mi cuerpo me hizo aban-

donar Madrid y buscar los aires natales y los cuidados de la familia y debo decirle que van produciendo sus buenos aunque pausados efectos. Mi buen estado de salud me permite hablar un tanto despacio y tranquilo y en unión de varios amigos de carrera, deseosos de entrar en la vida del espíritu. Les desenvuelvo sencillamente el conocimiento sensible; sólo así se hace ésto soportable a mi espíritu más de ocho días. Me parece imposible respirar esta atmósfera y dejar de ser decididamente sensualista, egoísta y morir en el espíritu; por eso deseo vivamente salir de aquí y si me es posible lo haré antes de Pascua. El miedo en todas sus formas y particularmente el miedo político, tiene por aquí una alta importancia, lo cual es una circunstancia más para la muerte de la conciencia y para tormento de quien quiere vivificarla. Los papeles que a usted le falten y que estén en mi poder, tenga la seguridad de que están seguros.» Despedida y firma.

En otra carta notifica a don Julián su nombramiento del jurado para otorgar un premio del Círculo Filosófico sobre un punto de lógica, con el tema **EL PENSAR Y EL SENTIR**. Don Tomás era secretario de dicho Círculo y le apremia para que acepte y el jurado quedó compuesto por don Julián Sanz del Río, don José Moreno Nieto, don Fernando de Castro, don Ramón de Campoamor, don Francisco de Paula Canalejas, don Manuel Ruiz de Quevedo, don Nicolás Salmerón, don Francisco Giner y don Segismundo Moret, que vaya jurado y vaya ambiente que rodeaba al notable alcazareño.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, no sólo antagonista en ideas y acervo antagonista, como se sabe, sino crítico poco piadoso de la escuela de Sanz del Río, dice:

«Precisamente a un clérigo apóstata, don Tomás Tapia, eligió la secta para desempeñar la cátedra de **SISTEMA DE FILOSOFIA**, fundada por Sanz del Río, pero la disfrutó poco tiempo y apenas escribió nada y ésto poco vulgar y malo. Conozco de él un ensayo sobre la **FILOSOFIA FUNDAMENTAL** de Balmes, inserto en el Boletín-Revista de la Universidad, una tesis doctoral acerca de Sócrates, una lección sobre la religión y las religiones que explicó en el Paraninfo de la Universidad, en aquellas famosas conferencias para la educación de la mujer inauguradas por don Fernando de Castro que comunicó a Tapia mucho de su espíritu propagandístico furibundo. Durante las vacaciones universitarias se entretenía en catequizar a los manchegos, paisanos suyos, predicándoles en las eras y en el Casino de Manzanares. Posee, dice, varias hojas sueltas de las que repartía.»

Este dato confirma que, efectivamente, don Tomás hacía sus predicaciones en el campo, fuera en las eras o en el Cerro de San Antón, como se decía en el trabajo anterior.

En otra parte de su obra, dice don Marcelino:

«Que Balmes hizo observaciones profundas sobre la filosofía alemana en su **FILOSOFIA FUNDAMENTAL**, obra que los gnósticos españoles han afectado mirar con desdén, pero que alguna oculta virtud debe tener en sí, cuando tanto se han quebrado en ella los dientes el mismo hierofante Sanz del Río y su predilecto discípulo Tapia.»

En la **HISTORIA DE LA FILOSOFIA** del P. Ceferino González, dice:

«Krause cuenta en España con partidarios numerosos y más o me-

nos puros y fieles de su doctrina, entre los cuales figuraron o figuran, Fernando de Castro, autor del CURSO DE HISTORIA UNIVERSAL, inspirado en fuentes de ideas krausistas, Tapia, el clérigo apóstata a quien se confió la cátedra de SISTEMA DE FILOSOFIA, fundada por el patriarca del krausismo, Giner de los Ríos, Salmerón, González Serrano, Hermenegildo Giner, Eguilaz, etc.

En la HISTORIA DE LA FILOSOFIA del alemán Vorlander, aparece don Tomás Tapia como miembro de la escuela y autor de ENSAYOS SOBRE LA FILOSOFIA DE BALMES, entre los demás discípulos conocidos, cada uno con sus aportaciones científicas. Y no cabe duda que su temprana muerte, cuando ganada la cátedra podía decirse que había vencido todas las dificultades que tuviera anteriormente, le impidió labrarse la gran personalidad a que estaba llamado, como se vio en sus compañeros, entre ellos su continuador en la cátedra don José Caso que formó a tan destacados discípulos.

La crítica, cuando es sectaria y fanática, más bien sirve para confirmar que para desvirtuar lo que combate y ninguno de estos críticos, cuya autoridad no cabe discutir, pero tan discrepantes en ideas, pone en duda la competencia ni la honorabilidad de los científicos del grupo ni se atreven a intentarlo y sólo señalan el cambio de hábito de don Tomás que no hace al caso, luego Alcázar debe tener en el recuerdo de este hijo un motivo de especial satisfacción por encima de los extremismos de cada momento que todo lo trasvuelcan y desfiguran, pues de la ideología de aquella escuela se podrá discrepar y aun combatirla pero es imposible y además injusto dejar de reconocer la honestidad y la rectitud de sus componentes, que hasta tenían abolidos en la cátedra los temas de política y de religión, que era por los que los combatían. Su fundador gozó de un concepto moral e intelectual insuperables, mereciendo no ya el acatamiento, sino la veneración de los hombres más eminentes que llenaban a diario su cátedra. Y en cuanto a lo que fueran sus relaciones con don Tomás Tapia, queda bien patente en las cartas reproducidas, diga lo que quiera el conocido espíritu reaccionario e intransigente de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Contra eso está también, aparte del concepto público general del país, el hecho de que al levantarse a hablar en nuestro teatro del Casino don Nicolás Salmerón la noche del 27 de diciembre de 1903, en medio de un entusiasmo delirante de la multitud, sus primeras palabras fueron de cariñoso recuerdo al que fue su inolvidable compañero y amigo don Tomás Tapia, hijo de esta ciudad y catedrático de la Universidad de Madrid. Y don Nicolás había sido juez de su tribunal de oposiciones y don Tomás llevaba ya enterrado treinta años.

La mocedad de don Tomás Tapia y de don Antonio Castillo coincidió con una de las épocas de mayor inquietud de la vida española, cuando la Reina Gobernadora restableció el Ateneo con la presidencia del Duque de Rivas y floreció el romanticismo con una exuberancia tan frondosa que más bien parecía una explosión fenomenal, siendo tres de sus notas salientes el estreno de «Don Alvaro o la fuerza del sino», el suicidio de Larra y la revelación de Zorrilla con la declamación de sus versos en el entierro de Figaro. Regicidios frustrados, declaración de mayor edad de Isabel II a los trece años y matrimonio con su primo Francisco de Asís. Inauguración del Teatro Real en el lugar que estuvo el de los Caños y

del ferrocarril con el tren de la fresa. Agresión del Cura Merino, la Vicalvarada y nacimiento de Alfonso XII. Agua para Madrid, la mejor del mundo, que saltó a 90 pies de altura. Motines y sublevaciones. El Rasgo de Castelar. La noche de San Daniel y triunfo de la Gloriosa, con todos los intermedios habidos entre estos hitos preeminentes. Y uno de esos intermedios, nada desdeñable, surgido como recurso defensivo del organismo nacional, lo fue la escuela filosófica que enroló a don Tomás Tapia y que sigue teniendo tan hondas raíces reformadoras y pedagógicas, extendidas ahora por el mundo entero a causa de una poda imprevista y excesiva.

En unas cartas que he tenido ocasión de leer, se ve que Castillo era hombre de escritura fácil, clara y correcta. Siempre firmaba poniendo su nombre en abreviatura y el primer apellido completo, con rúbrica de trazos firmes. Escribía a vuela pluma, en un pedazo cualquiera de papel blanco, de los que rodarían por su mesa de la Alcaldía.

El 16 de octubre del año 1883 le mandó una de esas notas que le acreditan de hombre sencillo, natural y dispuesto, a su amigo Santiaguillo —don Santiago Ortiz Cano—, como siempre, de su puño y letra, diciéndole:

«Amigo Santiago: Para el reconocimiento de los cerdos por la trichina, necesita el Ayuntamiento un microscopio y adjunto una nota del amigo Moraleda para que se tome la molestia de ver al Síndico y acompañe a usted para comprar este instrumento. No olvide los demás encargos. Suyo afectísimo, Anto. Castillo.»

La única vez que escribe en papel timbrado y en forma protocolaria, es cuando requiere a Santiaguillo para ir el primero de julio de 1887 a tomar posesión del cargo de concejal para el que había sido elegido para el bienio 1887-89, por cierto que con fecha del año siguiente —26 de julio de 1888—, aparece otra de esas notillas que acreditan la ponderación, la ecuanimidad, la corrección y el buen fondo de Castillo y de todos aquellos hombres. Dice:

«Amigo Santiago: Esta tarde, de cinco a cinco y media, enterrarán a una hermanita del Hospital, que murió ayer. Me parece debiera asistir una comisión del Ayuntamiento que pudiera componerse de Marcial, Peñuela, José Pastor y algún otro, con el secretario, si usted, como creo, no puede asistir. Suyo afectísimo, Anto. Castillo.»

Así era el anticlericalismo alcazareño de respetuoso, de comprensivo, de tolerante... y de religioso, como dice el P. Federico Sopena de Galdós. Y así se sobreponía a las pasiones un alcalde caballeroso rudamente combatido que, no obstante, el serlo fue lo que le convino.

Pero hay mucho más y algo de ello, muy demostrativo, es que estos hombres, como todo el mundo sabe en Alcázar, la única cosa de que presumían era de su integridad, de no abdicar de sus ideales por nada en el mundo. Pues bien, Santiaguillo, que tantos ejemplos había dado de firmeza, claudicó al morir y se excusó ante sus incondicionales por la coacción de las mujeres. Se llevaron poco en morir Santiaguillo y Castillo, pero murió antes Santiaguillo, siendo Alcalde Castillo y él primer teniente. Aquella claudicación en el instante mismo de morir fue sensacional, pero recibida por sus correligionarios en la forma que, sin decirlo, ya consta en el fascículo veinticuatro. Castillo llegó al Ayuntamiento muy de mañana, tan afectado por la muerte del amigo como si se fuera a morir él, convocó a los concejales y le dedicó un panegírico

naciendo participe a la población de la desgracia sufrida, hizo que la Corporación en masa con su personal acompañara a Santiaguillo hasta su enterramiento eclesiástico, ordenó dar una limosna a los vecinos pobres enfermos más necesitados y que no fueran pordioseros, para que encomendaran a Dios el alma del difunto, haciéndolo constar en acta, y no curó mientras vivió de aquella separación. Es decir, que aquel desvío circunstancial, aunque definitivo, no aminoró lo más mínimo la amistad, el sentimiento y el respeto hacia el amigo fallecido, con el que se habían compartido ideales y afanes tan generosos y nobles durante toda la vida, considerándose compatibles con él y obligados a servirle en cualesquiera circunstancias.

En el mismo octubre del 83, un día antes de lo del microscopio, escribe otra nota a Santiaguillo que demuestra lo al tanto que estaba de todos los detalles y su interés por las cosas. Le dice: «Amigo Santiago: Supongo no se olvidará de la alfombra de fieltro de un dibujo vivo y de las dos lámparas de tres o cuatro luces con bombas dobles y algunos tubos más. Haga usted el favor de comprar en un almacén de chimeneas de la calle del Arenal u otro punto, tres codos plegados a escuadra, de 14 centímetros de luz para estufa, los cuales puede remitir con los demás encargos, si usted no viene pronto, como me indica Ricardo. (Ya se sabe quién era Ricardo y desde chico.) De usted afectísimo amigo, Anto. Castillo.»

Otros documentos hay muy demostrativos de las intrigas y luchas de aquel tiempo, muy curiosos pero insuficientes para conocerlos, aunque muy bastantes para ver cómo reacciona Castillo ante las acometidas de los adversarios que lo fueron Jaén y sus huestes. Su comedimiento corre parejas con su tenacidad, obra como si no le importaran las cosas, pero poniendo toda la carne en el asador y afronta alguna situación de desaire con el conocimiento y la capacidad necesarios para triunfar de todo, muy favorecido por el ambiente que siempre tuvo a su favor merecidamente.

A Castillo y Jaén siguieron otras personas ostentando cargos y de entre todos quedaron en la mente popular, como encarnación representativa, Ezequiel Ortega y Estrella, que señalan un declive en cuanto a personalidad y un poder delegado falto de la idealidad que implica abnegación y sacrificio en las personas llamadas a dirigir.

Castillo fue para Alcázar como el gallego Marqués de Ponteijos para Madrid, un alcalde de verdad, aún en épocas poco propicias para lo extraordinario, del que los ingleses decían que era una de las tres únicas personas que en España cumplían con su obligación (las otras dos eran el cabecilla carlista Cabrera y el torero Montes). Como Ponteijos, hizo rotulación y numeración de calles, alumbrado de reverberos, aceras más elevadas que la calzada y mil detalles de necesidad y buen sentido que sin costar dinero proporcionan comodidad, aparte de las obras fundamentales, claro.

La afirmación sentada sobre que el apellido Bautista no lo llevaban en Alcázar más que los familiares del Quero y que al llevarlo don Jesús Romero se consideraba probable que perteneciera a esa familia, se vio corroborado apenas repartido el libro, aunque no se pueda todavía aportar una prueba documental. El entusiasmo de la María del Quero —María Bautista Gimeno— se puso de manifiesto reiteradamente aportando re-

cuerdos y relatos familiares, en virtud de los cuales los Quero se consideraban emparentados con los Saminones. Era lógico suponerlo y aprovechamos la oportunidad para dejar a los seguidores abierto este cauce, que no es tan baladí como parece.

Los Quero alcazareños, Bautistas de apellido, lo son porque el fundador de la estirpe era de Quero, como el Quintanareño del Quintanar, el Moteño de la Mota, el Campesino del Campo, el Villacañero de Villacañas, el Andalúz de Andalucía y así sucesivamente. Todos estos apodos patronímicos, antiguos pero todavía vigentes en la Villa, constituyen por su abundancia un gran documento serio para el estudio del fenómeno del forasterismo alcazareño cuando pueda realizarse y para quien tenga la suerte de llevarlo a cabo. No está de más añadir que en la zona de Miguel Esteban se conserva todavía el apellido Sanabrias que llevó el fundador de nuestra ermita de Santo Domingo, como se conserva el de Cervantes en Alcázar.

Todo ese sector geográfico corresponde a la cuenca del Gigüela y es, desde la «sierra» de Criptana a los cerros de Lillo, zona de cuevas, donde sin duda yace magao, como decía Santicos, el pasado arqueológico de nuestra comarca, como lo debe estar en la caída de nuestra Veguilla de Palacio y comienzo de la Serna. Por eso se fue hacia ella el maestro de la geología española don Eduardo Hernández Pacheco y realizó cerca del río sus fructíferas excavaciones. Otras cuevas, arrasadas, rehundidas, abandonadas y sepultadas, en la misma línea de las actuales, guardarán el secreto de nuestro pasado remoto. Y de que existe el secreto y existió la diferenciación es prueba fehaciente la estructura corporal y la lucubración mental de los actuales pobladores, receptores de la herencia ancestral.

Puede haber alguna variación en la situación de las cuevas, pero no mucha, dada la lentitud del proceso erosivo del terreno y la necesidad ineludible para el hombre de ponerse a salvo del agua, de ahí que los quereños hicieran sus silos frente a su hermosa laguna, en el ribazo oriental.

De este terreno desnudo y huraño, salitroso, y dedicado al manejo del yeso pardo en la albañilería, vino el tío Quero, antecedente próximo de don Jesús Romero Bautista, tal vez su abuelo o bisabuelo, nuestro cura de Santa María, que en el curso de la vida ruda familiar fue a caer en el convento, quizás por razón de vecindad y allí se quedó en virtud de esa indeterminada ley que rige los destinos humanos y les marca caminos muchas veces inesperados, pero que en ese caso no ofrecería muchas dificultades de adaptación al noviciado, de ahí que se le pegara tanto y le acompañara hasta la muerte y a pesar de su exclaustación y secularización, es decir de salirse de fraile y hacerse cura, pues la austeridad de la orden no discreparía de la asperidad de la calle. La tradición albañilera de los Quero no se ha interrumpido, como la de los Lucas, los Rulos, los Beamudes, etc.

Conservaba Alcázar en el tiempo de don Jesús, y bastante acentuado, el ambiente levítico y caballeresco que le venía de atrás y tenía esas cualidades, que no se le van, en virtud de las cuales el trato humano estaba envenenado por la envidia, que es el enemigo feroz de la vida pueblerina, cuya soledad y silencio la harían fecunda y apacible, sin esas aristas que engendra la proximidad y la ociosidad, como si se extendiera

a toda la Villa el concentrado aire conventual y que mantiene un ojo en cada rendija y una lengua en cada soplo, como dice Unamuno, poniendo en pugna los orgullos próximos con rivalidades monstruosas, como la del hidalgo referido en el «Pensamiento alcazareño», que se quitó la vida en la puerta de su rival por no bajar aquél a recoger el guante que le tendía

Toda esta referencia del Quero es lógica y verosímil, pero sin embargo, la María dice que su abuelo iba a trabajar a Quero y se hizo novio allí, viniéndole el apodo de aquella noviez. Puede ser. Pero dice también que las Saminonas, Filomena y Marcelina, que vivían en la calle de San Juan, según se sube a la izquierda, eran primas hermanas de su abuelo y lo mismo el Cura, lo cual quiere decir que todos eran nietos de otro antecesor, cosa que tampoco se puede negar y se considera casi segura, aunque nos sea más conocido del tío Eusebio para acá. A éste, que vivía en la calle Pascuala, le hemos encontrado mediando en el Ayuntamiento con muchos menesteres de su oficio y uno de los últimos el enjalbiego del convento de Santa Clara, que se habilitó para hospital de coléricos en la epidemia del año 1885.

Muy allegados a esta parentela considero yo, por parte de las madres, a los Beamudes y Rivas de la calle Ancha, incluso los mayores de éstos, José, Gumersindo, Ramón y me parece que el ciego, fueron albañiles y Gumersindo acabó de maestro también. Sólo Juanillo fue zapatero y tal vez por enclenque.

El tío Eusebio tuvo de hijos a José, que fue guardia, Jesús, padre de la María, Eusebio —Potra Gorda— que andaba en el juego. Blas el de la Tola, la María que se casó con el Rus; Josefa, que se casó con el hermano de Alberto el Pastor, Anelilla y Joaquina.

Queda por puntualizar el entronque de los Quero con don Jesús Romero, pues que existe ya es seguro.

Después de impreso lo que antecede se pueden agregar algunos detalles que complementen este apunte del pensamiento alcazareño, con la gran suerte de incorporar a la obra la fotografía de Santiaguillo, personalidad clave en el renacer de la Villa por sus iniciativas y sus energías para realizarlas que le dieron el máximo prestigio comercial y político en su tiempo. El apodo, que todavía suena, nos habla de su escasa estatura, tres cuartas del suelo y la fotografía lo confirma, entre otros detalles por no estar hecha de cuerpo entero y aparentar un corpachón que en vano trata de disimular sus dimensiones, aunque puede desorientar a los poco observadores. Esa pequeñez y lo sumido de su gran boca por contractura habitual nos da también la clave de su carácter, un tanto cascarrabias, a lo Emiliete Ortega o a lo Benitillo Pérez, pero con más amplia visión de los asuntos y una acometividad mucho más acentuada.

Compartió con Castillo el poder en la Villa y fue una desgracia grande, como en el caso de Don Tomás Tapia, que todos murieran jóvenes, cuando había derecho a esperar tanto de ellos.

Era Santiaguillo —Don Santiago Ortiz Cano— primo hermano del Sr. Bonifacio —Bonifacio Cano Ortiz. El primero como Ricardo y demás familiares, naturales de Noceco y Bonifacio de San Pelayo, pueblecillos de Burgos cercanos a Villasante.

Su mujer tampoco era una real moza y cojeaba un poco, como Ricardo, que era hermano suyo y hermanos ambos del padre de la Doña Carolina actual.

Su genio fuerte y su rectitud hacían que todos a su alrededor estuvieran más derechos que una vela.



Al morir Santiaguillo tan joven y con tantos negocios en marcha, la viuda trajo a su hermano Ricardo para ponerlo al frente y a la verdad que no quedaría quejosa de sus dotes, pero Santiaguillo fue el primero y el causante de la venida de los comerciantes nortefños.

Corroborando el fenómeno del forasterismo y como aportación a quien pueda llevar a cabo su estudio, debe decirse, aunque todo el mundo lo sepa, que ni Santiaguillo ni Castillo eran de Alcázar, pero es que tampoco lo era Jaén, el mantenedor de la pugna desconsiderada y devastadora, y que sin serlo, el poder de asimilación de la Villa fue siempre tan integral, que estos señores, como tantos miles de todos los tiempos, hicieron más que suyos los problemas nuestros y se comportaron como si estuvieran disponiendo en su propia casa y no sólo para mandar sino para sacrificarle a la cuestión sus propias conveniencias y en ocasiones hasta la vida, sin ningún reparo ni cortapisa. Es decir, que obraban con pleno convencimiento, con honradez íntegra, poniendo todo su sentir en las decisiones, resultando en muchos momentos que gracias a los tíos forasteros se resolvían los problemas o se mejoraban las condiciones de la vida del lugar.

Sucedido

Con relación a la eficacia y rotundidad de los motes, defendida de continuo en esta obra, sin comprender que nadie los deteste, me contó hace poco Aurelio Cagalera el siguiente sucedido:

Venían unos forasteros por el Paseo y le preguntaron a un mocete dónde vivía el médico ese que le dicen don Fulano.

El chico se quedó reparado y dice:

—¡Ah!, sí, aquí, en la calle de Rufao.

Y la gente se fue derecha donde iba.

Qué gusto le daría a mi abuelo si viera que sus callejuelas las conoce la gente por su apodo, en lugar del de la Camacha o los tontos que les decían antes.

Gregorio, el ciego de Santa Quiteria

Le recuerdo ya maduro, tomando el sol en la puerta de la iglesia o saliendo de ella al acabar sus campaneos, hacia su casa de la calle Moreno, enfrente de la Lorenza de Morano, a continuación de Millán el del agua.

Además de campanero, tenía en la iglesia otra función fundamental: le daba aire al órgano para que lo tocara Escalona, por medio de un fuelle como los de las fraguas que había en un sótano entre el altar y la sacristía. Y era sobre todo el duende del templo, de cuyos recovecos tenía un conocimiento profundo, principalmente de la torre.

Gregorio pertenecía a una familia muy alcazareña, la de las Golilalas, y se llamaba Gregorio Cervantes Ramos. Era primo-hermano de éstas, hijo de un hermano de Canuto Cervantes, el hombre de la Golilala, que murió muy joven y la Quiteria iba a guisar a las bodas, cuando se comía en ellas de verdad y hacían falta guisanderas.

Hermanas de la Quiteria lo fueron la mujer de Marcos el tonelero, el retumbante bajo de la música y la de Oliva, el barbero de la Cruz Verde y sus hijas fueron la Gregoria del Chocolate, la madre de Heliodoro Sánchez, la de Alejo el maquinista y la Isabel, que se quedó moza y era la que vivía en la misma casa del ciego, cada uno en su parte, riñendo siempre como buenos hermanos y haciéndose de rabiar, aunque no fueran más que primos.

El ciego era hombre fuerte y saludable, fornido y saturado de espíritu sacristanesco que no todas las velas las enciende con buen fin.

Solía ir a pelo y con la calva retostada de estar al sol, con pantalones de pana decolorada y blusa ni corta ni larga, clara y a rayas, de color azul pálido y blanco, garrota y un saquete misterioso, algo más azulado que la blusa, donde llevaba el almuerzo que hacía en la iglesia y volvía siempre con algo para su casa, aunque fuera un ladrillo, pero por lo regular llevaba cabos de cera, como las beatas, de los que guardaba en su casa un buen caudal en seras viejas de vendimiñar que tenía llenas y los regalaba luego con gran pompa y la golosina de las propinas.

Mercedes la espejera, que tiene el alma con todas las virtudes del barriobajerismo madrileño, a cual más sugestivas, cree que todo lo que se diga del bueno de Gregorio es poco, pero no es eso exactamente. La Mercedes lo veía de pasar, pero la Pura del Recental, Matilde Escalona y las demás, lo veían de pajear.

Dentro de su bondad innata, indiscutible, está su psicología alca-

zareña, sus necesidades y están sus recelos inherentes a su defecto físico, el oficio, que señala siempre y está también la deficiencia de los demás para apreciar la sensibilidad del ciego, agudizada precisamente por la ceguera para darse cuenta de lo que le rodea, en virtud de lo cual el ciego, todos los ciegos, tienden también sus trampas para cazar a quienes los engañan. Recuérdense las tretas de aquél a quien servía el Lazarrillo de Tormes, que no eran excepcionales sino corrientes y similares a las de este nuestro. Lo primero, escuchar siempre, oírlo todo silenciosamente y percibir los menores cambios de las cosas, con esa atención especial y única del ciego que ha de gobernarse con lo que oye o tacta e incluso darse cuenta de los engaños que le puedan hacer.

Nuestro Gregorio no tenía lazarrillo y, por lo tanto, si escamón, se hubiera metido entre las piernas el jarro del vino, no le podría haber hecho un agujero en el culo al jarro para beberse el vino mientras el ciego comía, pero los cabos de cera sí que se los escondían los monaguillos y las cantoras y, a veces, la botella de vino, pero casi siempre los sorprendía dándoles un vozarrón que los asustaba. Y si se salían con la suya, no se desquitaba como el de Tormes rompiéndole el jarro en la jeta, pero sí los asustaba desde los rincones más oscuros o cerrándoles la puerta sin soltarlos hasta que se cansaba de hacerles sufrir.

Es del dominio público que una vez se escondió en la túnica de una imagen de grandes melenas y salió andando al encuentro de las cantoras desde la oscuridad haciéndolas correr despavoridas por toda la iglesia sin saber dónde meterse ni por dónde salir, con los gritos y lágrimas consiguientes. Esta necesidad defensiva justifica que todo lo tuviera escondido y que conociera como nadie los rincones más disimulados de la iglesia.

No se le veían los ojos, los tenía consumidos y llevaba los párpados cerrados dando a su cara un aspecto más apacible que el de otros que te miran blanquecinos y los ves mover en un juego ágil de ineficaz esfuerzo, como buscando dentro de la mente la imagen no percibida y te angustian, porque quisieras ayudarles a buscarla. Gregorio no miraba, escuchaba tranquilamente y respondía sin modificar su posición. Yendo por la calle le preguntaban:

—Gregorio, ¿quién se ha muerto? ¿Cómo ha sido tan corto el tránsito?

Gregorio, sin decir quién era el muerto, contestaba la segunda parte de la pregunta:

—Es que había poco dinero.

A veces se dolía, como luego Julián, de los pocos muertos y las pocas bodas de algunos meses, por que ésto, como todo, tiene rachas.

Otra de sus respuestas habituales cuando le preguntaban quién había muerto, era decir que un vivo.

Gregorio era tranquilo pero bastante bruto y se complacía en hacer rabiar a la Isabel que se miraba en las plantas y él les deshojaba las flores a tientas y las desparramaba por el suelo.

A pesar de convivir con la Isabel y ser los dos mozos viejos, hacían la vida independientes y vivían cada uno en su habitación. Gregorio se arreglaba solo cocinándose platos ligeros, como los huevos, que los solía freír de tres en tres y echaba media gavilla de sarmientos moviendo una fogata fenomenal. El aceite y los tizoncs tenían siempre la

cocina bien adornada de manchas. Sin embargo, él iba curioso, cuidada su ropa por una sobrina, la Anacleta, que también le arreglaba el saquete que se llevaba para todo el día, pues lo de freirse los huevos solía ser cuando volvía por las noches, después del toque de oración.

Como él vivía Eugenio el Moralo, sólo que con vista en los ojos, clarividencia en la mente y un estoicismo a prueba de cualquier adversidad, porque hasta hubo que amputarle una pierna, percance muy serio en su soledad y no recuerdo haberle oído queja ni protesta alguna. Eugenio, de tan grande y tosca humanidad, tenía unos ojillos pequeños, glaucos y vivos que rebrillaban como chispas en aquel rostro atezado, de facciones magnas, curtido por el sol y los aires.

Gregorio con vista no hubiera hecho nunca las cosas como Eugenio. Eugenio, sin entrar en la iglesia, tenía un alma ascética y Gregorio, sin salir de ella, la tenía glotona y revuelta.

Eugenio era un cuerpo anguloso, para detenerse. Gregorio, redondo, para rodar. Eugenio era un hombre naturalmente mirado, ordenado y Gregorio embarullado, propenso a ensuciarse. Eugenio tenía la maña del gañán solitario para cocinarse y el cuidado de que ha de volver a comer en el mismo rodal, como le pasaba a mi padre, y Gregorio era de los que siempre hubieran dejado el rastro donde se produjera, esperando que alguien lo quitara.

Eugenio era respetuoso, incluso consigo mismo, y Gregorio, dentro del comedimiento aparente, que es más bien limitación por la ceguera, propendía a la confianza desconsiderada que da el vestir y desnudar a los santos, origen del escepticismo pícarillo de los sacristanes, con ese aire del iletrado que se considera en el secreto, por lo cual cuentan de San Francisco de Sales que solía decir que siempre tuvo la duda de si los cómicos eran casados, si los sacristanes oían misa y si los gitanos eran cristianos.

El contraste de estos dos alcazoleños nos permite ver con bastante propiedad la persona de Gregorio, cuyo recuerdo, imborrable, conmueve todavía el espíritu de mi adolescencia, sobre todo por las noches, después del toque de oración, que salía con tanta puntualidad que el ruido de cerrar la iglesia se confundía con el eco no extinguido de las campanadas, con las del reloj de la villa y el pasar acelerado de los señores que salían del casino a la primera campanada de las ocho y en cuestión de segundos quedaba un silencio y una soledad tan medrosos en la Plaza que imponían y nos empujaban a nuestras casas, al tiempo que la figura sanchopancesca de Gregorio se perdía entre las sombras del boquete por debajo de la Cruz del Fantasma.

La figura de Gregorio tomando el sol en la puerta de Santa Quiteria, al abrigo del columnario de la portada y su actitud reposada y derecha de hombre rechoncho, con el color retostado de sus tegumentos, le hacía parecer un ornamento fijo de la rinconada. No es extraño que llorara, acaso por única vez, dice Matilde, al hundirse la torre, objeto de su cuidado sempiterno y escondite de su nimia necesidad. No podía hacerse ya otro abrigo Gregorio. Con la torre se le hundió el mundo y lo arrastró como una más de aquellas enormes piedras caídas de la altura, que hubo durante años tendidas en el boquete de la calle de la Feria. Gregorio era una pieza de la fábrica de la iglesia, como la torre misma, y desde entonces es bien ostensible su amputación.

ANGEL SOUBRIET

Ha muerto y con él desaparece el último superviviente del grupo primitivo de TIERRA MANCHEGA.

Hay que decir que en aquel periódico se forjó un alcazareñismo que solo acentuaciones ha tenido con los años y al cual no es ajena esta obra que encontró en ese espíritu calor, estímulo y ayuda silenciosa continuamente.

Valentín Ballesteros y Angel Soubriet, los dos últimos en ausentarse, me han prestado ayuda eficazísima con una correspondencia caudalosa, franca y entrañable, preocupada del detalle informativo y de la corrección indispensable, con la libertad de la regañina y del palmetazo oportunos que evitaban el desliz. Queda de aquella formación, aunque no perteneciera al periódico, Enrique Manzaneque, que por su lejanía no puede efectuar los retoques que se necesitan cada dos por tres.

El alcantarillado fue una de las consecuencias de aquello y el Angel y Enrique dos de los que, entre otras cosas, se recorrieron el pueblo, casa por casa, para convencer a los vecinos de la necesidad de la obra y de que había que rascarse el bolsillo espontáneamente aunque estuviera muy escurrido.

La vida nos dispersó, pero aquella amistad engendrada en el esfuerzo generoso por el deseo de mejoramiento, no se quebrantó jamás y bastó que estos libros echaran a volar para que se despertaran y se aglutinaran los sentimientos puros que indebidamente habían quedado adormecidos.

Es de estricta justicia dejar en esta obra constancia del alcazareñismo y de la muerte de Angel Soubriet, aunque ya figuran infinidad de detalles de toda su familia, incluso con sorpresa suya, que no suponía se pudieran hallar con tanta abundancia.

Su firma fue una de las más apreciadas por los lectores mientras estuvo en Alcázar y después uno de los atizadores más fervientes del fuego sagrado del amor patrio. Honraremos bien su memoria de hombre bueno, delicado, minucioso y culto, velando por las esencias alcazareñas y por la fraternización entre los que deban tenerlas.



Sucedidos

Pelecha que no se dormía para ir al corte, con lo que él decía su vehículo, el carrillo de sacar basureros y en la Cruz le saludó Atanasio, diciéndole:

—Maximino, mu tremano tas vantaio pa dir a la confituría.

José Pistaño a Gaona -Ignacio Villarejo- en un ordago de la secansa:

—Que no te creigo, zagal, que no te creigo.

(Aportaciones de Angel Soubriet)

LA CALLE DEL SANTO



He aquí representada una mañana de San Sebastián, bastante moderna pero cuando todavía no había perdido la calle su encare.

Hace muchos años, muchos, quizás sesenta, que no he podido ir a esta fiesta tan alcazareña y en todos me ha tocado bregar con algún destroz de los cohetes.

Me trajo Pitos esta fotografía para publicarla cuando la hizo, pero lo venía dejando por lo que difiere de mis recuerdos juveniles, hasta el punto que al hablar de la fiesta en los fascículos primeros preferí hacer un dibujo imaginario antes de reproducir una fotografía moderna, mas que nada por la gente, por sus vestimentas y por sus maneras que me hacían pensar lo que ya sucede y se consumará definitivamente, que San Sebastián desaparecerá.

Y en ese trance, perdida ya la esperanza de lograr una fotografía de la época de esplendor y sobre todo del tipismo semisalvaje de los actos de ese día, me decido a publicar ésta como despedida del Santo del barrio en que nací.

El arroz y gallo muerto ha perdido su solemnidad porque nadie los cría. Las cocinas, tan abrigadas siempre, se han quedado frías, sin lumbres, sin matanzas, sin cestas del pan, sin mantecados y sin tortas en sartén. Se han eliminado las lebrillas del zurra sustituidas por botellas de Pepsi-Cola y se han arrojado las bancas y las mantas de cojín. No se corren los gallos y faltan los caballos y caballistas que lo solían hacer; lo único que corre es la desaparición de todo lo típico y castizo del lugar, sustituido con lo de todas partes, con el género ambiguo o mejor epiceno que se enseñorea del mundo.

EL RUIDISMO

Se hablaba en la portada del fascículo anterior de lo desviada que se nota la atención pública desde hace unos años.

¿Qué mal es ese? ¿Qué le pasa a la gente?

Al principio de ir yo a Madrid, hace unos sesenta y tantos años, más o menos, cuando Antón Martín y sus alrededores gozaban de todo su esplendor, estaba en la calle de Atocha el teatro Madrileño, más abajo del actual mercado y de la calle que lo circunda. Sobre la alegría de la calle destacaba desde el anochecer un gran foco de luz en la puerta y un timbre fuerte que sonaba constantemente y llamaba mucho la atención, sobresaliendo por encima del bullicio que era cuantioso.

El zaguán del teatro estaba en alto y había que subir unas escaleras para alcanzarlo, pues era un edificio viejo adaptado a ese fin. Tanto las puertas como las escalinatas y el zaguán mismo, estaban siempre llenos de chicos, mezclados entre el público que iba a ver el espectáculo.

Es el primer ruido público, pertinaz y ensordecedor, que recuerdo, en un tiempo y en un lugar de lo más bullanguero de aquel Madrid y de aquel barrio, chulescamente aristocráticos, verdadera cuna del requiebro y del chotis, como se canta ahora. Y ¿qué tendría aquello, cuánto encarnaría, que sólo con recordarlo te entra alegría y te hace revivir?

No ha ganado nada desde entonces este barrio, lo ha perdido todo y entristece el ánimo ver la plaza de Antón Martín y las calles que afluyen a ella, incluida la principalísima de Atocha que la atraviesa, tan faltas de familiaridad, de cordialidad y de humanidad, que se queda uno como si le hubieran sustraído la simpatía madrileña y protesta, protesta para sí mismo y se va enojado de la faena.

Alcázar, que tuvo en esta calle una de las venas gordas de su cordón umbilical, que es la vía, bien nota su falta de nutrición. A la calle de Atocha parece que le han echado aceite frito y Alcázar se está re-tostando con él. Uno y otra son víctimas de la velocidad, de la prisa y de la violencia, que les convierte en lugares de paso en vez de estaciones de término.

Antes, Atocha era un desfile continuo de alcarreños, manchegos y extremeños, con abundante y nutritiva impedimenta, que iban despacio y deslumbrados, pensando lo que harían para resolver su cuestión y que mantenían un amplio y vistoso comercio con lo que soltaban o recogían al pasar.

Ahora parece que no hay calle, las casas ennegrecidas por los gases, las tiendas con hollín, la gente recluida, la calzada trepidante, como

carretera pasajera, ha desaparecido el paisaje, no hay nada que ver en ella. ¿A quién podría convocar ahora el llamativo timbre del teatro Madrileño?

Sin embargo el ruido es mucho mayor, los coches zumban como balas o fogonazos de cohetes que exasperan y desalojan a los caminantes que iban pausados y pensando. Ahora no se puede andar, el ruido es múltiple, ensordecedor y no deja de pensar. Hay como una locura de los oídos que ha motivado ese concepto de «música de fondo», que no es música, sino ruido de base, porque la música ha desaparecido con riesgo de no volverse a recordar. Lo de ahora es locura, alienación de los sentidos, es decir, falta de atención, nadie atiende. Con frecuencia veo un fenómeno curioso que confirma esa observación. Cualquier joven, hombre o mujer, para leer e incluso para estudiar, empieza por enchufar la radio o la televisión o poner canciones que va tarareando o acompañando con movimientos de su cuerpo, como si estuviera bailando por dentro y al preguntarle de pasada qué hace, contesta que estudiando, pero también lo dice sin pensar.

La gente vive sin separarse del ruido y más a gusto cuanto más estridente, la repele el silencio y la serenidad del alma que es la paz del espíritu. Se levanta con la radio, se asea con la radio, come, viaja o pasea pegada a la radio y no soportaría un momento de silencio o de meditación, de solaz de espíritu, tiene necesidad del ruido torturante que le tritura la mente y le embotará el pensamiento que no puede ni quiere utilizar.

Como los peces que viven milenariamente en los lagos subterráneos, pierden por innecesaria la facultad visual, la gente sumergida en el ruido perderá las facultades de percepción de los matices delicados y olvidará, como se decía en tiempos oscurantistas, la funesta manía de pensar. El ruido a troche y moche es una manera de drogarse sin drogas, de embotarse la fina sensibilidad.



LA MUERTE DEL ABUELO

Publicada en el número 32, mereció muchos comentarios, confirmatorios del realismo de la observación y no pocas me han dicho:

—¡Vaya como es eso lo que nos va a pasar!

Es nuestro sino, mujer, y hay que reconocerlo y acatarlo.

Una de tantas veces ocurrió que se murió una abuela de repente el mismo día que se iba a casar su nieta a la que había criado en unión de otro hermano, sin que su madre se hubiera molestado para nada con los chicos.

Vino el nieto a la boda de su hermana y se encuentra con la abuela muerta, que había sido más que su madre y dice:

—Es lo menos que ha podido pasar y para que hubiera sido otra...

Después ya le entró la reflexión de lo que debía a su abuela, pero la espontaneidad es la espontaneidad.

La boda se celebró a los ocho días. Y como se decía en aquel escrito, ¿quien se acuerda de que tuvo abuela?

MOLINOS DE VIENTO MANCHEGOS

En cualquier lugar de la Mancha, porque en el que fuere hallaremos la asentada llanura, moteada de barbechos y escuálidos trigales salpicados de amapolas, el cielo, raso y la descomunal figura del molino de viento recortada en el horizonte, podemos acometer la ya casi quijotesca aventura de puntualizar cual era el mecanismo que utilizando como fuerza motriz el viento que manda Dios nos molía el grano para hacer el pan nuestro de cada día.

Mucho se ha esforzado el manchego para arrancarle a su tierra el sustento y profundas las raíces que necesitó para lograrlo, pero en vano se sacrificará para cambiar la pobreza de su suelo, que le hizo andariego caminando detrás de las ovejas de que vivía. Y la andadura interminable le hizo soñador, amigo de la caza y lucubrador entre sí.

Hay sin embargo, con referencia a los molinos, un cierto lugar en cuesta que sobresale por encima de todos y que ha tenido el fino gusto y acierto de singularizar su «sierra», en la que forman especial crestería los molinos de viento, que si no son los 30 ó 40 que alucinaron a Don Quijote, son los más numerosos y mejor conservados que en ninguna parte, incluso uno con todas sus piezas primitivas. Pocos transeúntes habrán dejado de recrearse en el bello aspecto de Campo de Criptana, cuyo caserío, pregonero del cuidado de sus mujeres, blanquea desde una legua y atrae con su corona de molinos a los trajinantes más distraídos.

Lo que vemos por fuera, lo que pudo ver y vio aunque transfigurado por su ideal, nuestro caballero andante, es una obra de mampostería de forma rigurosamente cilíndrica, detalle importante para diferenciar el molino manchego de otros, nacionales o extranjeros, que son cilindro-cónicos en mayor o menor grado.

Es una construcción de sólidos cimientos y gruesa muralla hecha con yeso de los Anchos y piedra firme, con ciento cuarenta cahices de yeso, dicen y según nuestro primer arabista Julio Maroto, el cahiz, medida de áridos, hacía doce fanegas, la fanega doce celemines, el celemin cuatro cuartillos, el cuartillo cuatro ochavos y el ochavo cuatro ochavillos. Según otro allegado, el cahiz tiene efectivamente doce fanegas y equivale a 666 litros, pero como medida de peso para el yeso, el cahiz se divide en 24 costales y tiene doce fanegas de siete arrobas y ocho libras castellanas cada una, luego si se necesitaban 140 cahices y cada uno tenía 24 costales, se gastaban en la obra 3.360 costales. Y de aquel yeso, que de muerto no tenía nada y sí mucho de bravo, lo que explica que, aun desmantelados, resistan los condenados el paso de los siglos y las agresiones de toda índole, pues hay paredones para rato.

La obra del molino, hasta el enrasé de la muralla, sin contar la cubierta o capucha, mide alrededor de ocho metros de altura. La capucha tiene en la cúspide o centro del cucurucho un grueso madero

llamado fraile al que van a fijarse los palos que sostienen la cubierta y la extremidad superior del gobierno.

La obra está cimentada en una explanación como de un celemín de tierra, formada en lo alto de un cerro.

En el lado opuesto al que sale el palo de gobierno por debajo de la cubierta y también a la altura del enrase de la pared, la capucha tiene una especie de tronera, buhardilla o castillete por donde sale la cabeza del eje en la que se fijan las aspas, auxiliándose de un vástago que lleva en el centro a modo de espigón llamado pijote, como de diez centímetros de diámetro y 25 de largo, que sirve de apoyo para colocarlas. Al lado de la tronera hay en la cubierta una ventanilla practicable por la que sale el molinero para acuñar las aspas.

Tanto el montaje como la fijación de las aspas en el eje mediante cuñas de madera, son trabajos de fuerza y habilidad. El molino tiene en su pared del poniente, a ras del suelo, un agujero al que le llaman del muerto, porque en él se entra, tendido, perpendicular a la pared, un gran madero, mayor que una traviesa de la vía, al que se pone una garrucha y otra en el punzón o pijote del eje del molino, para subir las velas con su maderamen, utilizando maromas y sogas con las que se hacen tres lazos a cada palo, uno en cada extremo y otro en el centro y se los sube de punta, soltándose los lazos desde abajo según se van sujetando los palos en el eje.

La garrucha del muerto se pone cerca de la pared y la del pijote en su base, con lo que quedan las maromas inclinadas y la oblicuidad les impide salirse. La garrucha lleva una cadena para sujetarla al muerto y que no se pueda levantar y se acciona con el borriquillo, que es el

que sube las aspas colocándolas desde abajo en las cajas del eje, dejándolas pendientes de acuñación, desatándose desde allí también las lazadas. Esta maniobra se lleva a cabo estando el molino orientado al abrego o poniente.

Las cuñas son pedazos de tablón de unos 80 centímetros de largo por 20 de ancho y un grueso de 10 en la cabeza y 5 en la punta. Su colocación se lleva a cabo de pie sobre la cabeza del eje, golpeando con un mazo de carrasca que pesa seis kilos. Se le concede tanta importancia al acuñar en el arte de la molinería que es uno de los motivos de apuesta entre los del oficio para ver cual la entra más, después de que otros la hayan hecho avanzar todo lo que puedan. Todas las faenas de la molinería son de fuerza, valor y de conocimiento en el manejo del arte, pues entraña serios peligros en muchos momentos. Un golpe de viento puede volcar la cubierta, como vio Tiburcio en alguna ocasión y siempre son peligrosísimos los vientos arremolinados de las nubes que no dan tiempo a recoger las velas. En algún golpe de las aspas al acuñar separó la cabeza del tronco al molinero.

Sea cualquiera la orientación del molino y su estado de funcionamiento o de quietud, se ve a un lado de la capucha el armazón de las aspas y en el opuesto el timón o gobierno, que sale entre la capucha y el enrase de la muralla en dirección oblicua, de arriba abajo y de dentro a fuera, hasta el suelo, hacia los hitos que están colocados simétricamente alrededor del molino y a unos ocho metros de distancia de su pared, en número de ocho, dicen, en todo su contorno, pero en el de Criptana hay diez hitos y separados uno de otro cinco metros y medio aproximadamente y sirven para sujetar el gobierno una vez colocado mediante el borriquillo,



He aquí al chico mayor de Sotero —Francisco Camacho Barrilero— que como sus hermanos, se quedó con el nombre del padre como apodo y nadie le llama más que Sotero y la verdad es que, cuanto más viejo, más se parece a su padre, hasta en las gafas y en la papada.

En el retrato se le ve cuando era mocete y molinero, en la edad de las quintas poco más o menos, una mano en la media y otra en el trozo de ramal que los borricos solían llevar atado al cuello para poder sujetarlos, porque iban sueltos, un costal vacío al hombro y otro, no lleno, cruzado sobre el animal, que es borrica y está llena, lo contrario del costal, como se le nota en la cara, en la parada y en la panza.

Aunque aquí aparezca Sotero cogido de la borrica y lo fuera alguna vez, su estampa típica y genuinamente alcazareña, que se veía a diario y muchos recordarán volviendo la esquina del Cristo Villajos o subiendo la cuesta de la Cruz Verde, es la de ir con la media hanega a lo largo del cuerpo, debajo del brazo y andando al pie o detrás del borrico, que le marcó siempre el paso lento, pero continuo, incansable e interminable, que sigue por fortuna, no mucho más lento, firme y seguro. Una cosa le falta, pero es porque creo que no la llevó nunca: la vara de arrear al borrico metida en la faja y cruzada en sus riñones, que solían llevar los molineros y los de otros gremios cuyo carguio les obligaba a ir andando detrás de la bestia, como los huerveros, el hombre de la greda, los mieleros y muchas veces también los migueletes y herencianos con los frutos de sus huertas.

Cecilio el de Sotero cuenta que su padre tuvo una borrica blanca que iba sola de la casa al molino y del molino a la casa, sin cabezal, sólo con el típico roncal al cuello y su padre la montaba, siempre por detrás, cosa que sólo puede hacerse con los animales muy dóciles, porque ninguno quiere bromas con el culo y siempre hay que dejarse ver, hablarles y acariciarlos para que no se asusten al

que es una especie de cabrestante o torno vertical que sirve para moverlo y cuyas piezas reciben los nombres de pelotillas, arboletes, la plataforma, las riendas y la manezuela con la que se le da vueltas y lleva la cadena al palo del gobierno para poner el molino frente al aire. Todo ello se aprecia con claridad en las fotografías y dibujos de Chaves. El extremo inferior del gobierno lleva un agujero para atarle el borriquillo y en otros casos un pezón de madera.

La obra del molino, presenta en el contorno superior de su pared, a unos 35 centímetros del enrase, doce ventanillos, de unos 20 × 30 centímetros, con diez aires o puntos que aprecia el molinero al asomarse y que son: ábrego hondo, ábrego fijo, toledano, mariscote, cierzo, matababras, solano alto, solano fijo, solano hondo y tres ventanillas al mediodía.

Hermosa estampa la del molino de verdad aun estando parado, pero funcionando es una auténtica locura, para deslumbrar, no ya a los propicios a las fantasías, sino a los más tranquilos ánimos de los caminantes sosegados.

Las aspas del molino de viento manchego, que tanto alucinaron a Don Quijote, vistas desde lejos parecen gigantes, cuyos brazos calculó el hidalgo a ojo como de dos leguas, pero es que desde la meseta del molino resultan descomunales. Son dos las aspas, formada cada una por dos velas, que se fijan en la cabeza del eje que hemos visto salía oblicuamente por el castillete o tronera de la cubierta del molino. No van afrontadas sino colocadas una por delante de la otra, sirvien-

dar el brinco, se retiren y se dé una hocihada que reviente. Recuerdo haberle visto más de cuatro veces caballero en el anca, a pelo, más tieso que un ajo, según era y se le ve al pie del molino en la fotografía del fascículo segundo.

do de asiento o armazón a cada par otros palos fuertes llamados macho y remacho, en la forma siguiente: cada aspa está formada por un palo largo y fuerte llamado vela, que va desde la extremidad libre del aspa hasta el eje en el que se fija mediante cajas y cuñas. Cada vela mide 8 metros de longitud y por lo tanto cada par de aspas miden 16 metros, más el grueso del eje que viene a resultar alrededor de 17 metros. Cada par de velas va unido por otro palo más grueso llamado macho, abrochado firmemente con trecheras a las velas y que mide unos 12 metros de longitud. Sobre ambos va otro palo más recio y corto, de unos 7 metros, llamado remacho, todos bien encajados en el eje al que atraviesan.

Las aspas, que son siempre de forma rectangular en el molino manchego y no triangulares como en los de otras regiones, miden 7,5 metros de longitud por dos metros de ancho y llevan un armazón de cabrios más o menos gruesos colocados en sentido longitudinal y transversal formando un bastidor llamado telera que sirve, como su nombre indica, para sujetar la lona que ha de recibir el aire como las velas de los barcos. Los cabrios traspasan el palo llamado vela en dirección oblicua como las hélices y los molinillos de los chicos, que si la pala de arriba se inclina hacia la derecha, la de abajo lo hace a la izquierda. Desde el bastidor al eje queda un trozo de vela sin cubrir para evitar el encuentro o choque de un aspa con otra y los cabrios transversales sobresalen unos cinco centímetros de las longitudinales para abrochar la sogá que corre por las asillas de la sogá llamada fija por estar cosida al borde lateral de las lonas. Es decir, que la lona que cubre las teleras y sobre las cuales azota el viento, llevan cosida una sogá a cada lado en sentido longitudinal, con diez asillas de

esparto distribuidas en toda su longitud a cada lado, cuatro arriba y tres abajo. Por las asillas se pasa otra sogá llamada corredera que es la que se sujeta en los extremos libres de los cabrios transversales de las aspas, sin más que abrazarlos o abrocharlos como botones para dejar las lonas sujetas, por contribuir a ello también la fuerza del viento que las azota.

Gran estampa la de este gigante braceando en lo alto de un cerro ante un horizonte que se pierde de vista, con un aire que aturde y un crugir que sobrecoge y asombra, chasqueando tan ruidosamente las enormes y resacas maderas que forman su pesado armazón y que se mueve velozmente aunque no hasta perderse de vista.

Tan grande obra tiene, por lo general al mediodía, una puerta pequeña, de una hoja, como embutida en la pared y una dependencia aneja, al caer de la plataforma, llamada silo, casi siempre en forma de cueva o con poca obra de albañilería, aprovechando el declive del terreno, que sirve de almacén, de cuadra y de cocina, para el molinero y los arres.

La puerta se ve pequeña, aunque permite el paso cómodo, por la magnitud de la obra y por estar enrasada y fija en el quicio de dentro, como las de las quinterías, lo que las hace quedar como embutidas en la pared y ser menos vulnerables, más difíciles de violentar. Las más antiguas son de las llamadas quicialeras, por ir sujetas y articuladas mediante bisagras en un fuerte larguero adosado a uno de los costados de la puerta. Este larguero sobresalía más de una cuarta por encima del cabecero de la puerta, formando un espigón cilíndrico, que era el que entraba en el quicio embutido en la pared. Este quicio era otro tarugo fuerte, horadado en su centro proporcionalmente al espigón que debía recibir.

En muchos casos la quicialera

era el mismo larguero de la puerta prolongado en el espigón de meter en el quicio. En estos casos no llevaba bisagras y solía tener un guiño en la parte inferior del larguero, la opuesta al espigón, para dar seguridad a la puerta al abrirla y cerrarla.

La puerta quicialera se cerraba por dentro con un garrote fuerte llamado tranca que ofrecía bastante seguridad por no haber forma de actuar sobre ella desde fuera más que rompiendo la puerta. No tenían cerco ni lo necesitaban.

Este sistema se aplicaba también a las ventanas y mucho en las cuadras y gorrineras que quedaban cerradas con un clavo o un palo a modo de cerrojo metido en un agujero de la pared, con lo cual y el espigón del quicial quedaba fija la puerta. Llamemos a ella para que el molinero quite la tranca y nos deje ver lo que hay dentro.

La puerta, enrasada con el borde interno de la obra, se abre para adentro libremente, contra la muralla de la derecha, rozando la escalera de caracol que está adosada a esta pared y que es también de yeso, con más de un metro de anchura en cada peldaño, que es aproximadamente el grosor de la muralla de la calle.

En esta escalera de forma de caracol se ponían los costales, uno en cada escalón, vertical y sobre ellos, cruzados, los que se podían sostener para aprovechar el terreno.

Frente a la escalera, a la izquierda de la entrada, la cuadra, donde llega por un canalón de madera, la vertiente de la molienda y se tienen los costales para recogerla. A la derecha de este canalón está, pendiente del techo, el alivio, contrapeso de hierro, de forma ovoide, de unos cinco kilos de peso que pende un ramal recio y en el

hueco de la escalera los atrosos de echar la maquila.

La escalera ancha llega hasta la primera planta, que es un rellano llamado camareta, también para los granos, para la vertiente del canalón de la harina de titos y para los cedazos del cernido. En la camareta se estrecha la escalera, quedando los peldaños de unos 80 centímetros reduciéndose también el grosor de la muralla. En realidad, la escalera se va comiendo la muralla, pues de lo contrario saldría en medio de la habitación.

Frente al canalón de la harina de titos, situado en la pared derecha de la camareta, hay, a la izquierda de la entrada, una gran alacena donde se guardan trastos del molino y herramientas, entre ellos las lonas con sus sogas bien dobladas. En la pared del mediodía hay una ventanilla que desde fuera se ve sobre la puerta del molino y al pie de ella, en el suelo, los tablones quitables para subir y bajar las piedras de moler. Esta delicada maniobra se lleva a cabo con el aire, estando el molino a cierzo, con las lonas puestas y funcionando. Quitados los tablones que cubren las piqueras de las dos plantas del molino, se pasa una maroma por el agujero de la piedra y se anuda y se ata al eje por la otra punta. Al andar el molino se lia la maroma en el eje y eleva la piedra entera y de canto.

La alacena forma el techo de la escalera en su primer tramo y vista por dentro, aunque espaciosa, forma una cavidad cortada a cuchillo, impuesta por la forma circular de la pared externa del molino.

En la techumbre de la camareta van los marranos, que son dos vigas enormes de madera sin sangrar, que van de pared a pared y miden 40 centímetros de ancho por

40 de altura, y sirven de asiento a la bancada del empiedro.

Continuando la escalera de caracol, ya más estrecha, se sube al moledero o habitación de las piedras. La obra sube dos metros escasos del piso del moledero y queda enrasada con una solera o anillo de madera de 16 centímetros de ancho y casi igual de recio. Sobre este anillo se sienta el telar, enorme artificio, todo él giratorio sobre dicho anillo, cuidadosamente encebado, para acomodarlo a la dirección del viento y que está formado por cuatro madres o vigas muy gruesas, parecidas a los marranos, embutidas unas en otras por sus extremos. Miden 85×90 centímetros de recio y en las que descansa y abrocha el gobierno, 60×70 . Las cuatro madres grandes van enlazadas por dentro con otras del mismo grosor y menor longitud para formar el círculo básico del telar y las cuatro grandes van sujetas en su parte vana por dos panecillos o maderos algo más delgados para cada una, que hacen ocho panecillos.

En los dos panecillos donde termina el eje del molino lleva un soporte de maderas fuertes sujetas por trecheras o barrones gruesos que pasan las maderas y en su extremidad saliente llevan una perforación donde se atraviesa un colmillo que le impide salirse, en lugar de tuerca. Estos maderos forman la meseta donde se coloca la piedra del rebote, que es el asiento de la extremidad terminal del eje, con una escotadura en forma de media luna, donde entra, excavada en la piedra formando una caja con tope por detrás para que no se salga el eje. Dicha piedra de rebote o de tacón tiene 0,48 de altura, 0,56 de ancho y 0,38 de espesor.

Por donde entra el eje desde la



Tiburcio —Francisco Cienueza Heras— apellidos que trascienden a raigambre de las Púeblos, antiguo molinero y guarda actual de la «sierra» de Criptana, receptor de turistas, con su garrota como sostén y arma y su sombrero de escarapela verda como emblema, explica el funcionamiento del borriquito para cambiar el gobierno del molino, que no lo consiguen con sus motores los bromistas que llegan hasta allí con sus camiones y alardean de poterie modernidad. El palo del gobierno, levantado en la punta con un gartote, cruza sobre los interlocutores como brazo de grúa abatido sobre la cubierta de una embarcación.

tronera de la cubierta, van sentadas las madres sobre las cuales y reforzadas con grueso tablón, se apoya la piedra llamada bóllega que soporta el eje, escotada en forma de media luna formando un cuello y mide 0,75 de altura, 0,60 de ancho y 0,36 de grueso. A un lado tiene la ventana ya conocida por donde el molinero acuña las aspas contra el eje utilizando un mazo de encina que pesa seis kilos. La encina y el roble son las maderas usuales en el molino para todo.

A cada lado de la piedra bóllega o cuéllega, lleva unos tiradores sujetos con tensores de hierro al fraile o madero central de la capucha,

para que no se desvíe la piedra bólega.

La cubierta es de zinc, ahora; antes lo fue de madera y mucho antes de ramaje. Los palos que la sostienen se llaman plumas y van desde las madres al fraile, en número de 24, de 3,80 metros de largo, sujetas con las costillas.

El fraile es un palo corto y grueso que mide un metro veinte centímetros de longitud y unos 0,45 de recio, que sobresale de la capucha unos cuarenta centímetros, al que además de las plumas o palos de sostén de la capucha, va a dar el gobierno o timón del molino, con el que se mueve todo el armazón llamado telar para orientar las aspas en el sentido del aire. Este gobierno es un rollizo grueso, de una pieza y quince metros de largo, que como ya se ha dicho sale por debajo de la cubierta y va hasta el suelo, sujeto por arriba al fraile por una espiga y una trechera. La cubierta tiene una altura de 3,10 metros y por lo tanto el molino resulta con unos once metros de alto, altura muy superior a la de cualquier casa encamarada de la Mancha.

El eje tendrá unos ochenta centímetros de diámetro, tallado con hacha carretera o azuela y que lleva en su cabeza que queda al aire, montadas las aspas, entra por la tronera en dirección oblicua de arriba abajo y atraviesa todo el telar, hasta la piedra del rebote en cuya proximidad lleva unas abrazaderas de hierro para que no se pueda elevar al haber cambios de aire. En su parte media anterior lleva montada la rueda del aire o rueda catalina, colocada verticalmente con la inclinación del eje, de unos cuarenta centímetros de gruesa y dos metros sesenta centímetros de diámetro, formada por un entramado de tarugos o cruceros. Es lo más impresionante del molino al llegar al moledero y sin duda

el fundamento del dicho de querer hacer comulgar con ruedas de molino, porque eso no hay quien se lo trague. Esta rueda, está formada en su contorno por ocho trozos o piezas firmes a modo de pinas de las ruedas de los carros, abrazadas con lañas grandes y sólidas, de hierro, por ambas caras y contrapeadas, lleva en el centro de su cara interna, la que mira al centro del molino, opuesta a la de los cruceros, los puntos, dientes o peinazos que atraviesan la rueda y engranan con los husillos de la linterna. Estos peinazos, en número de 40, tienen forma de cuña en sus dos extremos, doble cuña, con 0,46 centímetros de largo, de los cuales 12 centímetros son los que mide el diente de engranaje. La extremidad posterior va perforada y en la perforación lleva otra cuña de madera para que no se salga el diente.

La linterna, con la que engrana la rueda catalina es como un cubo de rueda de carro, pero mucho más grande y resistente, incluso con abrazaderas de hierro que se desabrochan para recambiar los husillos, que son ocho, distribuidos en su contorno y se untan con jabón para suavizarlos y disminuir su desgaste. La linterna mide 0,60 de altura por 0,50 de grosor y los husillos de la misma 0,28 de altura por ocho y por diez.

Esta linterna o cubo, está colocada verticalmente en el centro del moledero, encima de las piedras, paralela a la rueda catalina, ofreciéndole su panza con los husillos a la rueda catalina cuyos dientes han de engranar con ellos para mover el molino. La linterna tiene como eje un barrón que por arriba entra en un palo gordo y curvo, de convexidad externa para no estorbar a los dientes de la rueda catalina y que va apoyado por sus extremos en el telar y recibe el nombre de puente. El otro extremo del

barrón o eje de la linterna va a parar a la labija de la piedra mediante dos patillas que van embutidas en la piedra y son las que la mueven, continuándose por debajo de la labija en un barroncillo que va a la sopuente con un punto que entra en la rangua donde se pone la grasa para que no se encienda. La rangua sale de la sopuente o palo gordo situado debajo de las piedras llamado cárcel, donde se apoya el caballo al funcionar el alivio.

La rueda catalina o del aire lleva un freno de madera de fresno, dividido en pedazos para darle flexibilidad y que se adapte a la rueda, todo ello unido por un fleje o pletina de hierro colocada en la parte media de su borde externo. Este freno lleva un gancho resistente que lo sujeta al telar y por el otro extremo a un palo que le hace de contrapeso, con un cordel que pasa por un carrillo, garrucha o polea para accionarlo fácilmente y basta tirar para echar el freno. En el lado opuesto hay una cadena gruesa llamada traba para fijar la rueda y con ella las aspas.

Correspondiendo al barrón de la linterna, en el centro de la habitación hay una bancada de mampostería con un hueco en el centro para el eje del aliviadero, que va a nivel del piso de la habitación. Sobre la bancada va cogida con yeso la piedra llamada solera y encima de ella la volandera o corredera, suelta. Las caras de las piedras que se contactan se pican y se las hacen rayones en forma de abanico. Merced a estos rayones la molienda es de diferente grosor. En la parte central o más próxima al eje del abanico que es el de la piedra misma, donde la molienda es más gruesa, el rayado recibe el nombre de pechos. La parte distal



Tiburcio al lado del empiedro, explica el funcionamiento de la guitarra. Sobre las cabezas es muy ostensible el armazon del telar. El palo curvo y blanquecino que lo cruza a la izquierda es el puente, en cuyo centro entra el barrón de la linterna que se ve debajo de él.

del rayado, la más próxima al contorno de la piedra, donde la molienda queda más fina, ya para salirse de las piedras, la llaman finarte.

Las piedras pueden estar más o menos en contacto y para elevar o sentar la volandera, lleva en el hueco que vimos en la bancada, una sopuente, como una traviesa de la vía, perforada en su centro para pasar el eje de la piedra solera, que encaja abajo en una especie de cojinete con tres vástagos que se juntan o se separan para empujar el eje de la piedra. La sopuente va unida al caballo como ya se ha dicho y éste al alivio, que por medio de unas cuerdas de ramal baja al primer piso, próximo al canalón de la harina y sirve para regular desde allí el grosor de la molienda.

Las piedras van cubiertas en todo su contorno con dos grandes cajones llamados guardapolvos, para que toda la harina vaya al canalón o cajón cerrado que llega hasta los costales colocados en el piso bajo. Sobre la misma bancada de las piedras van los banquillos, que es un bastidor de cuatro patas que soporta la tolva, debajo de la cual está la canaleja y sobre ésta la guitarra, formando un artificio tan simple como útil para regular la caída de los granos que se han de moler. En realidad es como el astil de una guitarra con los trastes desiguales. En este caso los trastes son escotaduras que baten sobre el barrón de la linterna, que no es cilíndrico y siguen el ritmo de éste. La punta del astil de la guitarra golpea más o menos en la canaleta de la tolva y por el otro extremo lleva una cuerda que pasa por un listón atravesado horizontalmente, con ranuras en toda su longitud para colocar la cuerda en una u otra inclinación y que la guitarra dé más o menos en el barrón. La cuerda se lía en un husillo vertical, como un caliche fijo más allá del listón y que lleva un clavo gordo, de los de enmaderar, para manejarlo y liar la cuerda como se hace en las trócolas. El tableteo de la guitarra sobre el barrón de la linterna, según disponga los mandos el molinero, hace que caiga más o menos grano de la tolva y la guitarra puede tocar o no tocar según quiera el guitarrista.

Las piedras de moler son de pedernal y constan de tres o cuatro pedazos que se unen con unas abrazaderas de hierro o aros llamados cellos. Miden metro y medio de diámetro por 0,24 de grueso. La rodadera lleva en su lomo una mangueta pequeña, pero como la de los cubos de los carros, llamada abujo, que sirve para moverla al soltar el

alivio mediante una pequeña palanca de hierro.

El diámetro interior del molino, tanto en la primera como en la segunda planta, es de 3,75 metros. La tercera planta o moledero mide cinco metros.

Mencionada la obra del molino y las piezas de su artefacto, falta, como en la Creación misma, el soplo divino que lo ponga en movimiento. Y el tendido de las teleras que recojan el viento que ha de mover el pesado armazón.

Nadie que no haya estado en lo alto de un molino puede creer la cantidad de aire que hace a su alrededor y que, bien orientado, rara vez deja de ser suficiente para una buena molenda, siendo, por lo común sobrado la mayoría de las veces y estruendoso su crugiente empuje y veloz rodar, cien veces más que el de la carreta de bueyes por empinada cuesta arrastrando una montaña de carrasqueño ramaje.

No fue nada raro que cuando la ventura puso a Don Quijote orilla del molino y se decidió a acometerle con furia, «un poco de viento» moviera las aspas e hiciera la lanza pedazos llevándose tras sí al caballero y la cabalgadura echándolos a rodar maltrechos por el campo. Le sobra mucha fuerza al molino, como al tren en marcha, para quitarse de en medio cualquier estorbo y todavía es mucho más espantoso, mucho más crugiente y espantable su accionar, moviendo más brazos que el gigante Briareo. Y basta enganchar el borriquillo al timón y accionar la palanca para rotar sin esfuerzo el pesadísimo telar y poner las aspas a favor del aire para que el molino empiece a voltear con estrepitoso crugir del maderamen reseco y chirriar de sus mecanismos en medio de un zumbir ensordecedor del viento

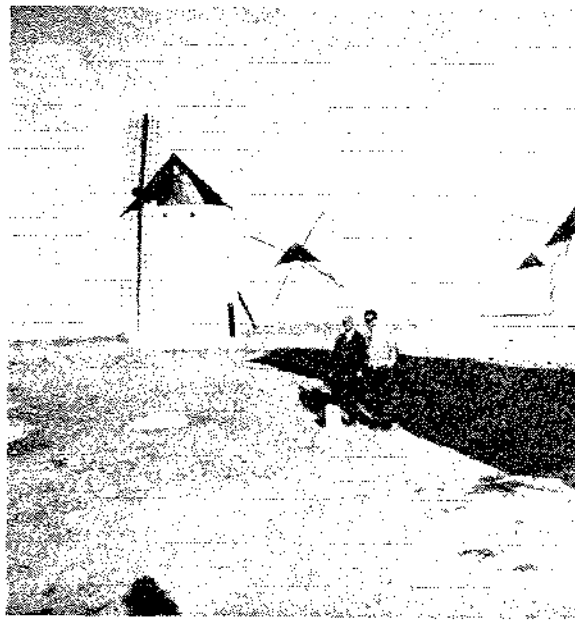
que aturde y abate al más templado.

Hemos visto el molino por fuera como todo el mundo y por dentro como los molineros. Lo hemos echado a andar y contemplado de moler y como los mismos hechos deben dar lugar a idénticos resultados, el hombre podrá, si es que no se decidiera a conservar uno como pieza de museo, juntar los útiles y sus circunstancias y darse cuenta palpable de lo que fue de rústico, de ingenioso, de trabajoso y de arriesgado, el mecanismo que se utilizó durante siglos para hacer las harinas que fueron base de la alimentación de la humanidad y motivo de intangible consideración para los gobiernos, cuando se menospreciaban los pepinos y los tomates, que ahora tanto se estiman, y se consideraba la cesta del pan, que ya no existe, el único envase que no podía estar vacío en ninguna casa.

En Alcázar, los molinos más favorecidos por el viento fueron los del Cerro de San Antón que molían incluso cuando los demás estaban parados. Y el aire mejor para todos el solano, que sopla de donde nace el sol, de ahí su nombre. Como el aire no viene por un canuto, puede soplar de más arriba o más abajo y de ahí las variedades que distinguen los molineros y se han anotado anteriormente.

El cierzo es el aire que sopla del norte y cuando se sube un poco hacia solano le dicen matababras por que es rematado.

Los aires van siempre y nadie podía ignorar eso antes en Alcázar, de izquierda a derecha, de norte a este y sur. El ábrego sopla del sur y es el peor para los molineros, pero lo aprovechan, porque lo peor es cuando no anda ninguno, por eso se conserva el dicho, demasiado olvidado en el mundo actual, de que hay que moler cuando anda aire,



Los autores sellan con esta fotografía el recuerdo de su visita a las momias de los molinos, que tuvo el carácter de médica por lo breve y por lo descriptivo de su anatomía.

aunque sea de noche.

Con aire regular, la molienda era de unas tres fanegas de candeal por hora y la fanega tenía unos 43 kilos. De ellos decía el molinero:

—Tin, tin, de cada fanega un celernín y si es de rico otro celernín para el borrico, y si la molinera no tiene jubón otro celernín y no me vengas con tranquilas que te meto la quartilla. Y esa era su ganancia llamada maquila. Dicen que los molineros tienen uñas de gavilanes, ¿qué haríamos los demás si pilláramos costales?

A los chicos que entraban de zagalillos en la molinería les decían los ratones y pocos molinos había sin su ratón.

Al ratón de un molino de agua lo mandaron a enseñarle a un parroquiano cómo se cazaban los peces con un gato. El animal se saltaba corriendo del agua cada vez que lo tiraban y el parroquiano decía:

—No caza, no caza.

El ratón le contestaba:

—El gato no caza, pero mi amo sí saca el grano de la tolva.

Otra vez el molinero le soltó los borricos a un parroquiano y mientras se fue a cogerlos le quitó el trigo de la tolva, cosa que notó al volver y callando fue y le soltó los gorrinos y mientras corría detrás de ellos recuperó su trigo y algo más. Al volver de encerrar los gorrinos, dice el molinero:

—Oye, me parece que aquí hay un ratón.

—No, dice el otro; lo que hay son dos.

* * *

Se deben, en esta aventura de puntualizar para la historia la estructura de los molinos de viento manchegos, especiales aportaciones a Chaves, que, aunque absorbido por lejanas y heterogéneas obligaciones, en cuanto percibe algo alcazareño que su arte puede resaltar, ya lo está haciendo. Pero cuenta en él tanto o más que su arte de dibujante ejemplar, su alegre disposición, su entusiasmo, su generosa entrega, que es lo que más vale y da a su aportación el carácter de verdadera colaboración, con ideas o iniciativas sugerentes que de hecho mejoran el conjunto de la obra a realizar.

No necesita nuestro querido Chaves que se resalten ahora sus méritos artísticos, largamente acreditados en el pueblo y fuera del pueblo en toda ocasión, pero aparte de ser de justicia es de necesidad a los fines de este trabajo, dejar bien claro que gracias al esfuerzo para comprenderlo y a las molestias de ir a verlo, podrán los venideros tener idea concreta de lo que era un molino por dentro y como funcionaba, pues los dibujos que tan eficazmente ilustran este

trabajo, son la consecuencia de su magnífica disposición y preparación en primer término y en segundo, de su entusiasmo, de su ilusión por realizarlo y legarlo a su pueblo.

En menor proporción, no por menor interés, sino porque más no fue preciso, hay que mencionar también al delineante alcazareño Romualdo Ortega Galisteo, de honda raíz lugareña, nieto del Calvillo y de las Canijas, que tiene hechos estudios minuciosos y meritorios de los molinos, con vistas a las reconstrucciones llevadas a cabo por el maestro albañil Miguel Muñoz. Ambos nos han asesorado y aportado la experiencia adquirida en la juguetería molinera, que no es poca.

Hay que agradecer, y mucho, sus aportaciones prácticas a Sotero —Francisco Camacho Barrile-ro—, cuya fotografía juvenil figura en estas páginas, y a Tiburcio —Francisco Cicuéndez Heras— guarda de los molinos de Criptana, con su sombrero de escarapela, pero guarda actual y molinero antiguo, que es lo que da aire a sus explicaciones por el conocimiento de causa.

La historia de Alcázar y la de los molinos manchegos guardará recuerdo de todos ellos con agradecimiento.

El lector curioso y detallista puede que eche de menos en esta descripción la referencia sucinta de los molinos que existieron y que fueron precisos para abastecer la despensa de nuestros antepasados.

En otras ocasiones se ha intentado puntualizarlos, tanto por parte nuestra como por el Ayuntamiento, siempre atentos a los apuntes de Agustín Paniagua que juzgo incompletos, porque no hay cerro donde no se descubran restos de estas construcciones y se concentran precisamente donde lo

hacen también los cerros, aumentando su presencia donde llegan a formar **sierra**, como en el Campo de Criptana que, juntos los cerros y juntos los molinos, se le multiplicaron en la mente a Don Quijote y le impulsaron a la feroz acometida que por este hecho no pudo tener lugar más que en Criptana, pues la sierra de Consuegra queda a trasmano y las de Herencia y la Mota no justifican esa abundancia, aunque sí la necesidad de sus antiguos pobladores.

En algunos otros pueblos y en Alcázar mismo, quedó patente esa necesidad por el hecho de haber tenido molinos hasta en las cuestas de escasa elevación, como la del Santo, donde estuvo el molino Urema, muy comentado y concurrido por su proximidad a la Villa. Y muy extraño en su denominación, por demás inexpresiva, que pudo ser mote o nombre de algún usuario, acaso adulterado por el uso burdo.

En el molino de Urema
estaban haciendo gachas,

Llegó Gregorio Maquillas
y se llevó la cuchara.

Nuestros molinos recibieron nombre de su lugar de emplazamiento o del de sus dueños, incluso siendo mas de uno, como los de los cerros del Tinte, los de la Horca o de San Antón, La Motilla, la Cana, el Chirolo, etc., hasta docena y media aproximadamente dispersos por el término.

Con el aire que lleva
la Chirolilla.
muele mas el molino
de Cebailla.

Pero Criptana dispuso de un emplazamiento único y vistoso y sin tener más que los pueblos citados, por ser más chico, los tenía en buena formación y visibilidad y todavía tiene el gusto de conservar uno con el maderamen y las hechuras de la más rancia antigüedad, que nos ha servido para hacer este bosquejo que pueda perpetuar su recuerdo. Le llaman el BURLETA, amparo actual de Tiburcio y cobijo de sus labores de esparto y marquetaría. Se construyó el año 1555 y estuvo moliendo hasta el 1955.



Porfía resuelta

Cuenta mi amiga Frater que unos de su pueblo desempeñaban una portería en Madrid y otros fueron a verlos por San Isidro llevándoles entre otras cosas una arroba de vino, que valía hasta seis reales.

Era la época de los Consumos y el vigilante les dijo que tenían que aforar la garrafa. Preguntaron lo que importaría y al decirles que tres reales se les hizo mucho y se afirmaron en pasarla sin pagar. Se ensoberbeció el vigilante y ellos respondieron:

—¡Ahora lo veremos!

Descorcharon la bombona, empezaron a beber y cuando se agotó le dicen:

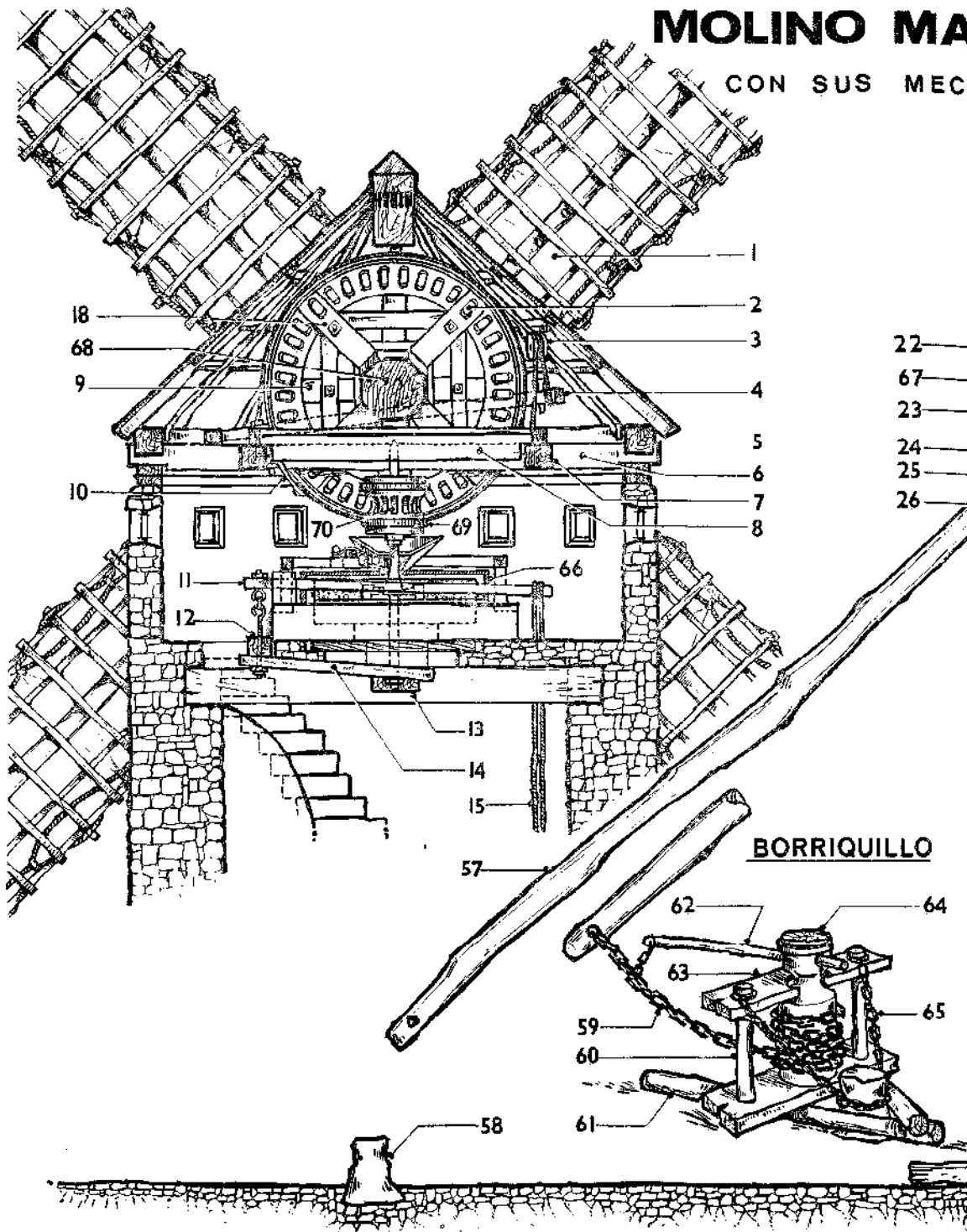
—Tenga, afore usted ahora.

El consumista, mohíno, exclamó:

—¡Qué valor!, no darne ni un trago. Han ganado la partida. Pueden pasar.

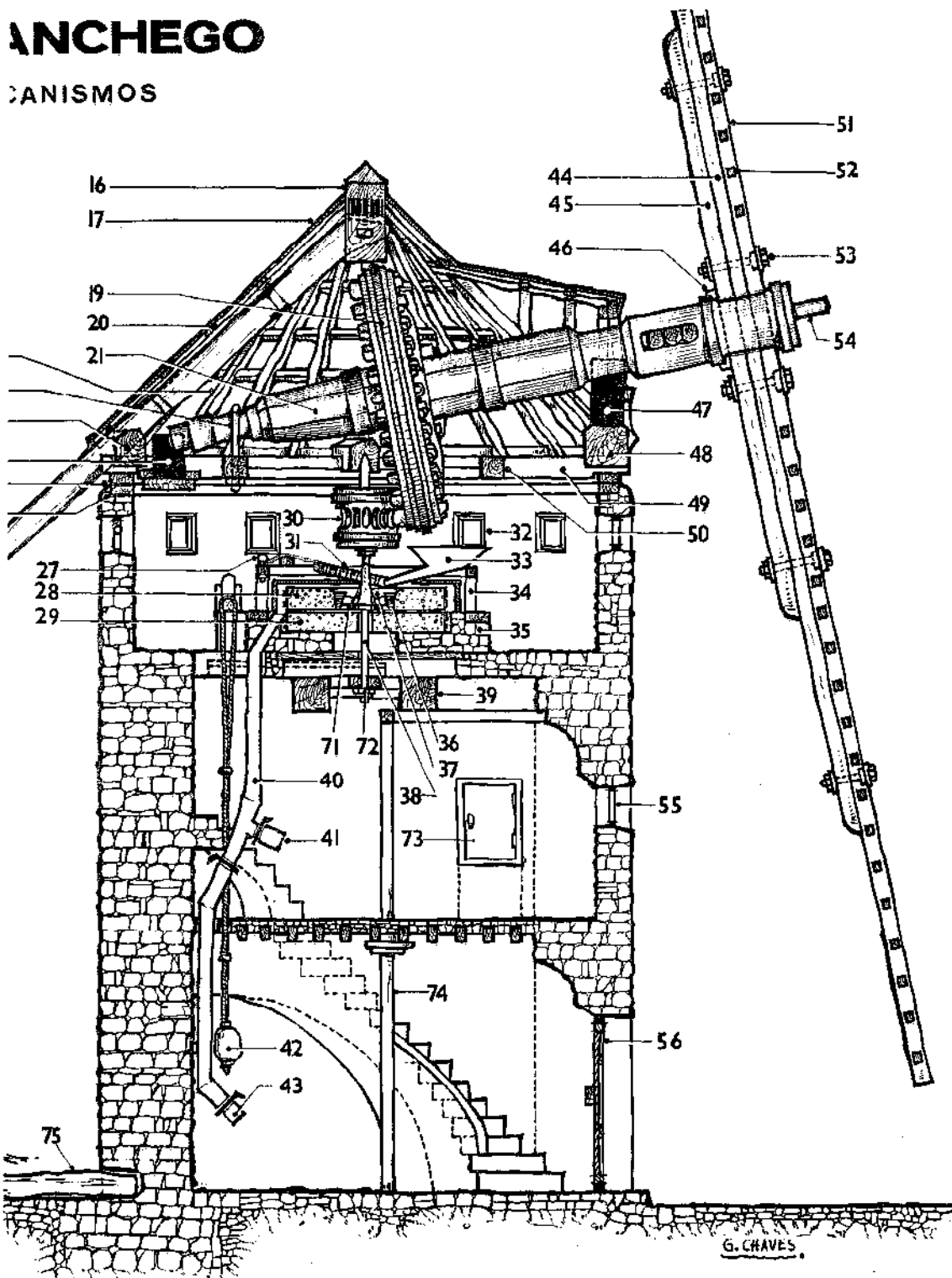
MOLINO MA

CON SUS MEC



ANCHEGO

ANISIMOS



MOLINO MANCHEGO

Denominación de las piezas del mecanismo



- | | |
|--|------------------------------------|
| 1-Lona | 41-Salida harina de titos |
| 2-Dentería de la rueda catalina | 42-Contrapeso del alivio |
| 3-Garrucha del freno | 43-Salida harina de trigo |
| 4-Palo del freno | 44-Macho del aspa |
| 5-Madre | 45-Remacho |
| 6-Panecillo del telar | 46-Lechinal |
| 7-Crucero del telar | 47-Piedra bóllega |
| 8-Puente que recibe el barrón de la linterna | 48-Madre |
| 9-Zoquetes de la rueda catalina | 49-Panecillo |
| 10-Uña del freno | 50-Crucero |
| 11-Alivio | 51-Vela del aspa |
| 12-Caballo | 52-Telera |
| 13-Travesaño | 53-Perno |
| 14-Puente | 54-Pijote |
| 15-Cordel del alivio | 55-Ventana de la camareta |
| 16-Fraile | 56-Puerta de entrada |
| 17-Cubierta de cinc | 57-Gobierno |
| 18-Crucero de la rueda catalina | 58-Hito de amarre |
| 19-Rueda catalina o del aire | 66-Guardapolvos |
| 20-Costillas | 67-Abrazadera |
| 21-Eje del molino | 68-Corte perpendicular del eje |
| 22-Plumas | 69-Cellos |
| 23-Madre | 70-Husillo de la linterna |
| 24-Piedra rebote | 71-Cárcel |
| 25-Pringue del anillo | 72-Guijo del barrón de la linterna |
| 26-Anillo | 73-Puerta de la alacena |
| 27-Quitapan | 74-Pie derecho |
| 28-Piedra volandera | 75-Muerto |
| 29-Piedra solera | |
| 30-Linterna | |
| 31-Guitarra | |
| 32-Ventaniño | |
| 33-Tolva y canaleja | |
| 34-Banquillo | |
| 35-Bancada | |
| 36-Lechinales | |
| 37-Labija | |
| 38-Eje de la piedra | |
| 39-Marrano | |
| 40-Canalón | |

Partes del Borriquillo

- 59-Cadena
- 60-Arbolillo
- 61-Patillas
- 62-Manivela
- 63-Meseta
- 64-Borriquillos
- 65-Riendas

FOTOGRAFÍAS HISTÓRICAS



Lo es ésta del andén del mediodía de la Estación, que es el de este lado y ahora, con la nomenclatura a la americana, le dicen el tercero, empezando por la otra punta, claro, que es el más allá y nadie lo creería sin señalar, porque la gente sencilla, que no entiende de clasificaciones funcionales, le dice primero a lo que está antes, a lo que se tropieza al llegar y hasta se cree que ese orden natural debería ser el establecido para saber, sin mirar a ninguna parte, dónde entrará el tren que debe tomar. Pues la fotografía de este andén está hecha el año 1909 y seguramente con motivo del paso de trenes militares hacia el Sur.

Junto a la columna de la izquierda, un poco detrás de Pedro Lubián, renegrido, de gorrilla y puro, está Estrella, que tiene a su izquierda, de sombrero hongo y barba entrecana, que la gastó mucho tiempo, a Francisco Roperó Alcañiz, Alcalde y Secretario, respectivamente a la sazón y cuya presencia conjunta acredita el carácter más o menos oficial del acto. A la derecha y al fondo hay otra testa en señoritada que lo indica así también.

Estrella representa la culminación de su estirpe y la suprema representatividad del barrio de los yeseros, que por su mediación tuvo

voz en la Villa muchos años y voto decisivo en no pocas elecciones. Le sigue la decadencia franca, sin atenuaciones ni intermitencias.

En esta misma y casual fotografía se ve la razón del arraigo de Eulogio, la llaneza, la naturalidad, su buena disposición, con su mirar vago, su cara de galgo, garleando, su actitud agachadiza, siempre rastreando y dispuesto a dar el salto, en contraste con Carabina que no se le caía el güito nunca ni se le quitaba la pajarita. Le dio al hombre por ser señorito y eso fue, un poco arbolariamente. Con expresión un tanto trabada por herencia biológica, que hacía borrosa su ideación, vistió el cargo que le dio Jaén en uno de sus actos de nepotismo, cosa muy natural, porque su padre, el hermano José María, apoyó siempre a don Vicente y su hijo mayor, Camilo, tuvo en su cacicato la más decidida protección en sus diversas actuaciones placeras y era propio que al no estar satisfecho de las andanzas albaceteñas de Francisco e intentar traerlo a su vera, fuera Jaén el que lo encajara en una de las ocasiones en que solía disponer libremente de todos los cargos.

Contribuyó Francisco a la ornamentación de la Villa haciendo la casa donde ahora están las contribuciones y prestó buena ayuda a la Nicanora del tío Isidro para criar a los dos chicos que le dejó su hermano Manuel al morir y que luego se conocieron como Carabina el del aceite y la Fortunata de Bonifacio Lucas, que en las ventanas del Secretario tuvo el noviazgo, pues Francisco no tuvo hijos, a pesar de la reincidencia matrimonial, y las dos en Albacete, donde fue a morir después de vender su casa.

Pedro Lubián es el de la pelliza al hombro, un poco delante de Estrella y Pepe el de la pelliza en los hombros delante de la columna de la derecha. Estos dos hermanos son ejemplo de la mejor adaptación de lo andaluz a lo manchego. Claro que eran de Córdoba, la capital andaluza más labradora, y plateros, que es decir lo andaluz más andariego, pero sin perder el acento de su tierra ni la chispa, no exenta de sorna, bien engranada en la cazurrería manchega. En el centro de la fila, también de pelliza y como conteniendo a los que empujan desde atrás, está Eloy Lillo, que acabó de inspector principal en Sevilla. El que está sentado con la gorrilla y el pañuelo al cuello, me quiere parecer por los ojillos Alberto Alberca. Los demás son caras muy conocidas, de esas que se tienen en la punta de la lengua pero que no salen y que los curiosos irán identificando ilusionadamente, pero con lo dicho basta para dar valor histórico alcazareño a la fotografía, ya que Estrella es un símbolo y tanto su personalidad como su momento necesitan muchas meditaciones para ser comprendidos y devanada la madeja de la vida pública alcazareña en una de sus crisis más recientes.

Para darse cuenta de la popularidad de Estrella como la del cura Tello o Rafael Bonardell es menester haberlo visto muchas veces salir de su casa temprano e irse por el Altillo al Santo, recorrerse el Arrenal y la Plaza, arreglar el Ayuntamiento y subirse a almorzar después de dar esa primera vuelta, sentarse en el patio de su casa con la familia, la sartén en medio y la puerta de la calle abierta e ir pasando Pirralda, Lázaro, Casimiro, Pistaño, el Medio, el Cojo, el Canijo, Rompe, el Pelao, el Zorruno y cien más, cada uno con su canción y al acabar de almorzar, luego de echar todos un trago del jarro que estaba a un lado, irse juntos para arreglar aquello al contado y recoger de paso los decires de todos los corrillos solaneros, que eran sus documentos, el palpitar autén-

tico de la Villa. Es menester haber vivido aquel ambiente y oído a estos hombres el gusto que les daba hablarle a Eulogio de igual a igual, con esa confianza, esa satisfacción y esa seguridad de ser atendidos o de mandarle a él. Aquello de «¿quién quiere justicia que me voy a arar?» no era un chascarillo, era la pura verdad y en su caso no era a arar, pero de caza o de zurra, a medir o de alboroque a cualquier hora y cualquier día.

¿Cómo pudo un hombre que gozaba de tantas simpatías embarcarse en aquello que le costó la popularidad? Yo creo que por apego a la Alcaldía, de cuyo apartamiento se condolió siempre y porque siendo tan popular él, su nombramiento no lo fue nunca y el tenerlo o no tenerlo dependía de la Orden Real fraguada en los cubiltes políticos. Es decir, que la representación no era suya sino delegada y al que se viste de prestado, dice el refrán, que en la calle lo desnudan. Pero aun así, este caso tiene sus intrínquilis, porque a él lo hacía Alcalde Ricardo, como a Ezequiel lo hacía el Conde y el estar en la trama de la comedia les hacía sumamente excépticos a los dos, de un espíritu sacristanesco que no creían en nada. Sin embargo, ni aun con eso se comprende bien lo sucedido y menos la utilización de los recovecos leguleyescos para anular las decisiones verdaderamente populares y perjudicar capciosamente y con saña a las personas que las representaban.

Hasta entonces y aun después, pero después ya sin cordialidad, sin más recursos que su instinto, Eulogio se defendía bien en la Alcaldía, con la confianza de la calle, en la que vivía. Acaso no fue alcalde monterilla más que en esa ocasión, pero esa alcaldada fue notable e incomprensible su exceso, tanto en él como en Ricardo, hasta el punto que se piensa si no habría alguien o algo por encima de ellos que sostuviera aquella situación tan inconveniente para todos, impolítica hasta más no poder e impropia de mentes tan claras como las de Ricardo y Eulogio, sin preparación ninguna pero con una vista de lince. Ricardo era ambicioso y audaz y como tal imperativo, pero necesitado de acomodaciones holgadas, incompatibles con el caciquismo cerril que engendra resentimientos feroces y desata las pasiones más dañinas. Además, él se llamaba liberal y tenía que serlo aunque no se lo llamara un hombre tan emprendedor, nada estático y menos pegado a lo anterior, fuere lo que fuere, con las ideas de grandeza que todavía son patentes en toda la comarca y la grandeza es siempre noble, generosa y aun pródiga como lo fue en él. ¿Por qué aquella mezquindad, Señor? Dicen que Dios ciega al que quiere perder. ¿Los cegaría en aquella ocasión al elegir una estrategia tan equivocada para defenderse de una mayoría tan arrolladora? Ninguno de los dos tenía cualidades ni motivos para ello. ¿Sería posible que Ricardo, en esos residuos que se remansan en el fondo de las almas, sintiera removerse la reacción filial, acumulada en el actuar de Santiaguillo? Pero el caso es que esa reacción antagónica se trueca y se hace afín después de la muerte del que la engendró, lo que fue censura se cambia en alabanza y lo que fue repudiado en ejemplar. ¿Qué les pasaría para resistir durante tanto tiempo el peso de la opinión? Fuere lo que fuere, el resultado siempre es el mismo, que el que hace el mal es el que sale perdiendo y ellos quedaron desacreditados en aquel trance y no se rehabilitaron más.



Esta otra fotografía, unos años anterior a la precedente, se puede decir que corresponde a la misma época o tiempos en los que la vida discurría por los mismos cauces.

La reunión fotografiada y el hecho de que don Melquiades lograra tanto acatamiento que pudiera sacar el acta de diputado por Alcázar, es un dato más a favor de la tesis sustentada en el estudio del pensamiento alcazareño y en época ya mucho más reciente de la de don Jesús Romero y don Tomás Tapia. La razón es la templanza de don Melquiades, sin que importara la circunstancia de peso de que nadie lo tomaba en serio entonces porque su doctrina, llamada reformista, ni monárquica ni republicana, que no se explicaba la gente y que era más bien una posición intelectual que un programa de gobierno y seguramente influido o engendrado por el espíritu ecuánime, austero y ponderado de don Gumersindo de Azcárate, que es tanto como decir la escolanía del Museo Pedagógico e Institución Libre de Enseñanza.

A ello contribuiría también la propia figura un tanto infantil del ilustre asturiano, que era como las aves cantoras, desmedrado de cuerpo, de garganta saliente, mejillas abultadas de gallego y morro picudo, como cualquier ruiseñor que atruena la arboleda y deleita al paseante, sin conmovirlo ni alterar el sosiego de su paseo.

Sin embargo, en el patio de don Olivero está ese día espléndidamente representado el liberalismo alcazareño y por ser reciente y haberse conocido a las personas se verá la aproximación de los juicios que se sustentaron en ese trabajo.

Se trata de una comida dada al Diputado don Melquiades Alvarez el 26 de mayo de 1907 en el patio de la casa nueva de don Oliverio, no en la de la calle Resa que después ocupó don Julián Pantoja, en la que se hospedó don José Canalejas, porque el rumbo de don Oliverio no era para menos. Y, lo que es la vida, ahora ya hay que explicar para muchos, muchos, que la casa de don Oliverio, hecha en el terreno de la

de Guerrero y por lo tanto terreno ennoblecido por rango tradicional, donde vivía el Quero cuando la compró, era la que ocupan ahora las Monjas Francesas en la Placeta de Santa Quiteria.

No es fácil identificar a los comensales, porque a estos actos solía acudir mucha gente forastera que no se llegó a conocer, pero a otros sí que se les distingue claramente o se puede dar de ellos una idea para que otros con mejor ojo los identifiquen y sirvan para estudios futuros.

No puede haber duda, aunque no se vean, que detrás de las columnas está don Melquiades, con don Alvaro, don Enrique, don Tomás Romero y otros de aquí y de alrededor merecedores de sentarse en la presidencia, sobre todo tomelloseros, argamasilleros, herencianos y villarteros, porque en el sector de levante era más difícil desplazar al Conde y la gente se reparaba más de hacerse visible. La figura recordada abajo y a la derecha, pegando a la primera columna, corresponde, por la forma de la media cabeza, por el modo de llevar el sombrero y por la mirada elucubranante e imaginativa a Andrés Cárdenas, como la del fondo de ese extremo corresponde a la del Tío Medíor —don Luis Carballo—, con la barba blanca, aunque todavía veteada de franjas negruzcas y aire reposado de ganadero salmantino que hace solemne la tierra charra.

En el extremo opuesto del Tío Medíor, pero en la mesa anterior, se destaca sobre la columna muy peripuesto Pedro Escudero, enseñoritado total, calado de hongo, portador de bastón y mucho más erguido que lo era por el armazón de la pechera almidonada y la pajarita enhiesta y puntiaguda. A su izquierda, pastueño, Cándido Castellanos y frente a ellos, sentados de espaldas, pero con las cabezas vueltas al fotógrafo, están de izquierda a derecha Vicente Vaquero, Jesús Vaquero, Valentín Rubio, León Escribano y Antonio Castellanos, el Cojo del Pití.

En la presidencia, frente a don Melquiades debía estar sentado don Oliverio pero en la fotografía le vemos de pie y apoyado con una cartera sobre la mesa, sin duda para no tapar con su ancha espalda toda la presidencia. La mesa que hay frente a él ocupando el centro del patio, está ocupada totalmente por alcazareños. De frente, a continuación de D. Oliverio, Eusebio Paniagua, Julián Arias —el de Morano—, Antonio Barrilero —Chavicos—, Enrique Puebla, Emilio Paniagua, Antonio Castellanos —el Maestrín—, Gregorio Melenas y por último un comerciante que me quiere parecer Galo. Ya había dejado de publicarse LA ILUSTRACION MANCHEGA, la revista mensual de más pretensiones y mejor presentada que se ha publicado hasta ahora en Alcázar y que inició su vida el primero de agosto de 1903. Revista mensual ilustrada, de agricultura, vinicultura, comercio, literatura y anuncios, según rezaba el encabezamiento. Un gran intento del Maestrín.

Frente a ellos, de espaldas pero vueltos, en primer lugar me parece que Federico, el de la Taberna, el tío Antonio Campo, de sombrero ancho. Le sigue uno que no caigo y después Polonio Comino, León Vaquero y Antonio Rubio. Los tres siguientes son caras muy conocidas sin poderlas puntualizar.

En la primera mesa, la de los hongos, hay un señor a la izquierda estirado y solo con mucha cara de juez. A continuación Manuel Alberca, tan peripuesto como Escudero, que no era nadie el hermano en eso y le siguen un grupo de aire escribaneril, muchos con el hongo encasque-

tado a pesar de estar bajo cubierto y en los últimos días de mayo. El que hay de frente con cuello de pajarita y barba cana puntiaguda pudiera ser don Tomás Sánchez Tembleque, pero no era él tan aquíjotado. El último de la fila parece Miguelito González, el de Herencia y los demás probablemente de otros pueblos del distrito que no faltará quien nos diga quiénes eran y de dónde. Esperémoslo así.

De este acto hay que decir que los discursos fueron luego en el corral de don Alvaro, asturiano como don Oliverio y que aparte de la política estaban muy unidos a don Melquiades por esas razones de paisanaje, si bien su apoyo político era decidido y superior al de los alcazareños cuyo escepticismo les evitó de partirse el pecho por ninguna tendencia, aunque tampoco se gloriaran de las ventajas triunfadoras de los personajes.

Ezequiel Ortega Arias

Como broche de oro puede considerarse la fortuna de incluir en este conjunto de fotografías e ideologías alcazareñas, el semblante mefistofélico de Ezequiel Ortega.

Todos los músculos llamados de la expresión del rostro se comportan en él juguetonamente, porque su ánimo era burlón y más que burlón, descreído, falto de fe. Su bigote, que se adivina blanco, está bien retostado del humo del tabaco en la línea de las fosas nasales que se ve lo sueltan como chimeneas y sumen la boca sensual en la aspiración. Los ojillos, diminutos y pícaros, le dan a su faz la alegría ingenua de quien descubre el secreto de una adivinanza.



Está vestido para retratarse, con el mosquetón de oro de la cadena del reloj en el segundo botón del chaleco para lucirlo con la chaqueta abrochada, como ya vimos en don José Carrero y otros. La corbata de plastón y nudo hecho con cinta elástica y broche en la parte posterior del cuello, pues en vano hubiera querido Ezequiel hacérselo por sí mismo.

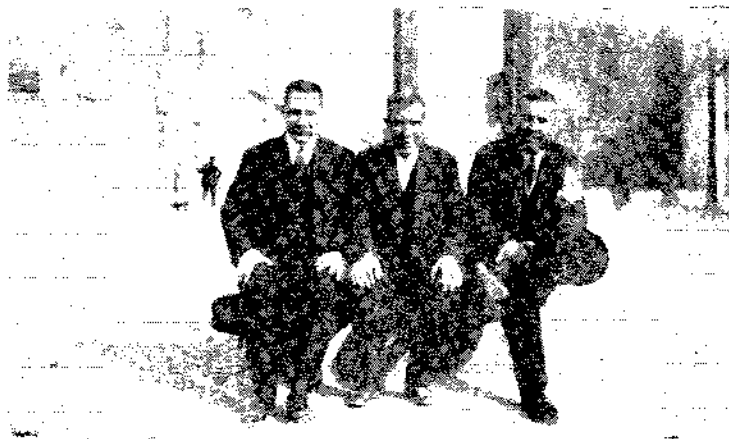
Era el Alcalde del Conde y compartió con Estrella el gobierno local durante todo el tiempo que duró el turno pacífico de liberales y conservadores que sucedió a la restauración de Alfonso XII, tan pacífico y tan de acuerdo que nadie esperaba a que lo despidieran al cambiar los ministerios, pues se iba cada uno a su casa a la primera noticia, desde el Alcalde al último sereno, y los que estaban cesantes —categoría social muy significativa— llegaban tranquilamente a reponerse de su cesantía mientras durase la nueva situación.

Tanto Ezequiel como Estrella fueron dos encarnaciones netas del temperamento y del carácter alcazareños en su tiempo, siempre dispuestos a la broma, sin darle importancia a nada y tranquilos de que las aguas buscan su nivel sólo con dejarlas de correr.

La Francisquita de Lara

Francisca Manrique de Lara Giménez de Melgar, mujer de Ezequiel Ortega y hermana de Juan José, el General.

Conservó siempre en su cabeza, en su mirar y en el abatimiento de sus párpados, la huella indeleble de una hidrocefalia primaria, si no justificación disculpa al menos de los encogimientos de hombros de Ezequiel, a pesar de la paciente bondad que la acompaña.



Fuera de los pensares pero dentro y muy dentro de la raigambre localista, hay que considerar este grupo en el que figuran los hijos varones de Gumersindo Alberca, el herrero de la Puerta Cervera, de cuya vida pública quedó el arco de la Plaza, tan infructuosamente buscado hasta ahora en las fotografías que se tengan guardadas.

Se trata de Román, Francisco Antonio y Manuel Alberca Mazuecos. La fotografía no es muy vieja, pues los tres están ya maduricos y aparecen sentados en el poyo de la farola del Altozano. Era verano, como se ve por el ropaje de ellos y de la gente y por la radiación solar y no había pasado la siesta por lo que avanzan las sombras y porque la tienda de la Cobeta tiene echado el cierre del poniente. Es lo probable que Francisco Antonio viniera a ver a sus hermanos, que comieran en casa de Román y que se salieran al aire después y se retrataran.

Las inquietudes del padre, que las tuvo y figuran en esta obra, se transmitieron a sus descendientes que alcanzaron, cada uno en su menester, merecido relieve que contribuyó a perfilar la fisonomía alcazarreña de su tiempo y deben, por ese solo hecho, figurar en el presente archivo de curiosidades locales.

Como debe incluirse en él esta curiosa pareja de tan espléndidos atavíos como belleza.

Se trata de Pedro Antonio Coronado Beteta, hermano del P. Félix Coronado, restaurador del convento de Trinitarios, retratado en el fascículo séptimo.

El segundo apellido ya está diciendo que descendían de Villafraanca y Pedro Antonio administró aquí los bienes de la Tusa, esposa de su hermano Carlos que residían en San Juan de Luz por motivos de las guerras carlistas. Era abuelo del P. Domingo, actual, que mantiene en el Perú las más sentidas vivencias alcazareñas. Y la muchacha, —¡que vaya muchacha!—, es su hija, Antonia Coronado Serena, de 18 años y después madre del Padre Domingo, con el traje de manchega que le pusieron para ir a la boda aquella tan romántica de Alfonso XII con la Infanta Mercedes. Era también abuelo, Pedro Antonio, de Carlitos y demás Coronados de los cordeleros del Boquete y murió de más de ochenta años y pobre, habiendo manejado grandes caudales.

Su actuación administrativa nos plantea nuevas dudas en las genealogías alcazareñas: la de que el señor Bonifacio —Bonifacio Cano Ortiz— conocido sin hijos, se casara dos veces y la de que por un primer matrimonio con una hija de Carlos Coronado Beteta, hermano de Pedro Antonio, fueran a parar al señor Bonifacio los bienes de la Tusa. Pero como el señor Bonifacio vivía en la casa de Párraga, que se conserva, parece deducirse que la Tusa era la mujer de Carlos Coronado Beteta, madre de la primera esposa del señor Bonifacio y que se compraron la casa de Párraga para el comercio o que los bienes de éste pasaron a la Tusa por algún vínculo.

Es curioso el hallazgo para mí que siempre tuve a la bondadosísima, fina y nobilísima señora Gregoria —Gregoria Izquierdo Marijuán— por la mujer única del ponderado señor Bonifacio, que también tenía el bigote blanco y bien retostado, como Ezequiel Ortega y los dedos negros de no soltar el cigarro que mantenía en combustión lenta por lo mojado de saliva.

La Sra. Gregoria era también burgalesa, de Mecerreyes, zona distante de la montañesa del Sr. Bonifacio. No tuvo hijos, cosa de la que



se consolaba diciendo que no los habría merecido, pero el Sr. Bonifacio tuvo cuatro con la primera mujer -Matilde Coronado- según se ha podido comprobar gracias al interés de don Jesús Cano y de su tía doña Paula Cano Izquierdo.

Al morir Matilde, hija de la Tusa, le quedó un niño al Sr. Bonifacio que también murió de pequeño, pero que justifica las herencias percibidas.

Queda la duda documental, que es seguridad en el recuerdo de doña Paula Cano, de que el segundo apellido de Matilde Coronado fuera Mas, apellido muy valenciano. Y enseguida surge la hipótesis de que como los villafranqueros son tan ambulantes, pudiera haberse casado Coronado con la Tusa en tierras de Valencia y ser ella valenciana. También parece que el padre de Matilde se llamaba Pablo, como se lo llamó el del Sr. Bonifacio.

De todo ello tal vez nos pueda dar detalles más concretos el P. Domingo al que hacemos presente esta esperanza con nuestro recuerdo y sincera amistad. Su acendrado alcazareñismo, exaltado por la ausencia, puede aclarar, y con seguridad que siempre lo hace mentalmente, muchos detalles de esta obra.



He aquí al Sr. Bonifacio y la Sra. Gregoria, los de la lonja primitiva de la calle San Andrés. Y he aquí también mi alegría más sincera al poder incluir en esta obra la fotografía de un matrimonio del que recibí en mi infancia y en mi juventud las mayores pruebas de cariño, de simpatía y de aliento.

Las deudas de amor y de gratitud no se saldan ni se extinguen, al menos para mí, y afloran con cualquier oportunidad como esta, sobreponiéndose hasta a la muerte, pues poco importa que no se exista para que sea gloriada la memoria y que los lazos fraternales ennoblezcan las relaciones humanas.

Los padres mismos, que sufren todos en mayor o menor grado los desdenes filiales, con el tiempo se ven siempre recordados con amor y sentimiento.

¿Qué no lo ven?

Claro que no, pero hay un principio, para el que no cuenta el tiempo, que gobierna el oleaje de la humanidad como el del mar y restablece de ese modo, con la añoranza o el remordimiento, el equilibrio de la justicia que se cumple sin fallar.



EL CRISTO Y LA PUERTA DE VILLAJOS

O al revés, la Puerta anterior al Cristo, puesto que el Cristo se hizo a la salida de la Puerta, que era el camino de las huertas y camino también de los molinos, ambos directos antes de la Estación y desviados después por ella, entrada y salida de migueletes, campesinos, perroteños y quintanareños, alfareros de la Mota y trajinantes de Quero, El Toboso y Las Pueblas, corriente de todas las aguas de los cerros del norte y aun del saliente de la Villa, que confluyen en el lugar de la Puerta como las varillas de un abanico en el clavillo que las une, calle principal ahora, hecha en el arroyo de antes, desfigurado por el tráfico de la vía, pero sin posibilidad de quitar el cauce.

El estilo americano que se enseña del mundo y nos cogió de lleno en su corriente, ha formado un remolino fenomenal de la Puerta de Villajos, mayor que los que en otros tiempos formaban las ventiscas, ahuyentando a las gentes, cuando el aire era el único barrenador y removía los papeles y las pajas de la Villa remontándolas como cometas alocadas sin cola de contrapeso.

Era inevitable y lo raro es que haya aguantado tanto enclavado entre lo que baja de la Estación y lo que sube de la Plaza. No puede haber ya ninguna duda de que desaparecerá hasta el Cristo mismo, es cuestión de plazo y de que se mueran quienes lo cuidan. Ya da pena verlo. ¡Ha envejecido tanto! Se le ve cohibido, encogido y arrinconado, como cualquier viejo en la casa

que le cobija mientras sucumbe. Y si es que alguien lo mira y se fija alguna vez, se le oirá lo que murmura:

—¿Y qué hace aquí ésto, para qué se quiere, tan viejo y tan feo?

El cambio sucedería mucho antes si el Cristo se aviniera de momento a ser tratado como un vecino remolón cualquiera, al que se le reserva un huequecito en el bajo del rascacielos, lo que no supondría mucha alteración, porque de todos modos quedará sepultado, olvidado y se irá desmoronando, hasta que un día venga el aire fuerte y se lo lleve, que se lo lleva, ¡vaya si se lo lleva!, y el que viva lo verá.

Estas decisiones son entre nosotros generales, sin que concretamente las proponga ni las realice nadie, son como el cáncer, se van formando, se van extendiendo, minan los ánimos y cuando ya han cuajado se cumplen y se olvidan como por ensalmo.

No faltará quien recuerde que esa ermita se hizo en el campo y se pregunte por qué no se la podía sacar otra vez a él con todos los honores o bien llevar la imagen a la iglesia, si ha lugar, como se hizo con la del Hospital Viejo, con la de Santo Domingo y con el Cristo de la calle de Toledo.

Pero dejemos a los continuadores que refrenden el acontecimiento ese y los de las esquinas de Eulalio, de Carabina y de la Dositea, que tienen los días contados, y fijemos en los recuerdos de la Villa la desaparición, ya consumada, de la taberna de Federico y su es-

quina, sin duda la más popular y concurrida en todo lo que va de siglo.

Esta esquina, hecha en un alca-cel de la Ciriaca, madre de Federico y de sus hermanas, cuyos hijos son los dueños de esas fincas, representó lo ancho entre las estrechuras de las calles de San Andrés y de Las Huertas. No era la Plaza de la Villa, pero sí lugar de paso para todas partes, que favorece el estacionamiento, los corrillos de desocupados y la comidilla de los menesteres que la vida va arrojando de continuo en su marcha, como cualquier convoy de la tierra o de la mar expele los detritus que el funcionamiento acumula en sus entrañas. El paraje se estructuró a sí mismo y la corriente de las aguas debieron imponer la línea de la casa de la Ciriaca, apartada de la precedente y de la siguiente, por bajar de las callejuelas de las Peñas el caudal más importante. Tenía sol y sombra, aire y abrigo, vino de propio cosechero y cordialidad arrieril. No le faltaba nada para detener en su paso a todos los transeúntes, avanzada de la Estación para los que subían de la Plaza y de entrada al pueblo para los que venían de arriba, encuentro y enercujada que lo convirtió en el núcleo vital de la Villa, que ahora los coches empiezan a diluir. El tráfico lo creó y el tráfico acabará con él. Castilla hace sus hombres y los desface, pero en esta obra nuestra quedará el recuerdo de lo que fue y memoria de entrañables y honestas costumbres.

Siempre recuerdo a Federico con el atuendo que lleva en el retrato de la Paca, el sombrero ancho, la bomba, el cubo, el embudo y algún cacharro, yendo a por vino a su bodega de la placeta de Ligeró. Es uno de nuestros tipos propios de la Plaza, aunque implantado en el Cristo.



El retrato donde aparece en el quicio de la puerta con gorra y traje claros es más reciente, pero típico, como lo son el baleo y la estera de pleita que tienen a los pies y demostrativos de lo que fue la taberna y de lo que fue él de serio y cumplidor en toda ocasión.

La ventana de la derecha, que sirve de escaparate, con un par de tripas de salchichón colgando del techo, es análoga, aunque menos abastecida, a la que tenía el Siro y que pusieron en duda algunos amigos al hablar de ella. Con la fotografía nadie dudará de la existencia de ésta, aunque haga tiempo que no se la vea y ambas acreditan las costumbres de entonces de utilizar las ventanas como escaparates, no ya en las tabernas, sino en toda clase de establecimientos. Y en esa misma fotografía está la



platería de Lubián que tuvo otra ventana igual.

En la primera fotografía, hecha el día que se casó Angel Puebla, aparece Federico con la Paca y los chicos que les acompañan son el primer Giordano y la Reden, la mayor de la Paca.

Los dos chicos que están a su derecha en el quicio de la taberna son Paco Izquierdo Arias, hijo de Luciano el del Manco de la Alameda, cuñado de Federico y Amador Vaquero Pérez-Vázquez, el hijo de Inocente. Delante, con su mandil de bayeta verde rayada, el tabernerillo que servía las mesas. De pie, con su habitual pañuelo blanco al cuello y la gorra, Pepe Lubián, y sentado de frente, Isidro el Cabrero, que no hacía malas migas con Lubián ni estaba tan escuchimizado como luego se puso, dicho sea para que le sirva de jácara en el otro mundo, donde se estará rien-

do de lo que pasa.

Federico, hombre estable, de mente inmóvil, como el agua del estanque, si estaba haciendo algo y le metían prisa para despachar, decía:

—Espérate, ¿qué prisa tienes? Ni que fuera ésto la botica.

Lo extraño es que fuera cazador, pero lo era de galgos y en la taberna estuvieron siempre bien aquilataadas las cualidades de todos los existentes en la Villa y de allí salieron, en ocasiones infinitas, para pruebas definitivas después de discusiones interminables.

Como consecuencia de ésto, Federico fue el tabernero que guiso más liebres para las reuniones de cazadores y cómo el oficio hace maestros, el que les dio mejor punto, con el tarro de especias que las hizo famosas y mantuvo siempre en riguroso secreto.

La casa de la taberna se hizo el año 1870 y ha sido tirada al siglo justo, el 1970.

La taberna se la debieron poner al casarse con la Rosalía «la bizcochera», con la cual tuvo al Giordano, que figura en la fotografía y que fue precedido de otro hermano del mismo nombre, que falleció.

El padre de Federico fue Julián Arias Morano, apellidos de mucho arraigo y amplias ramificaciones en la Villa. Fue carromatero y murió joven, dejando a Federico de tres años, razón por la que a la familia se la conoció como de la Ciriaca, su mujer, Ciriaca Díaz-Minguez Soriano, que pudo situar a todos sus hijos en buena posición.

Era Julián hermano de Petronilo Arias Morano, el del Anís Bartolo, que se llevó el premio en la exposición de París, abuelo de Corralio Paniagua, cuya madre era prima hermana de Federico y de «La Cobeta», Francisca Arias Sánchez-Pantoja.

Tuvo fama Federico de buen ca-

tador de vinos y se entretenía mucho haciendo redes para cazar codornices y otras labores de escasa eficiencia.

Familia muy del barrio en la época de Federico, pero más ligados que él al Cristo mismo, lo era la de Candeales, cuyo aposento, en parte tirado y en parte enhiesto, pero crujiente, mantiene una agonia dolorosa que, como cualquier otra, tiene próximo su fin.

CANDEALES

He aquí un apodo rotundo puesto a un hombre de empuje y de mucha harina, como la clase de trigo de ese nombre.

De todo lo leído, conocido y recordado del Cristo Villajos, es, con mucho, el Angel Córdoba Martín-Soldado, la personalidad más relevante del paraje, que por algo se iría a él, que era el campo.

Es un hombre fuerte, de huesos duros y cubiertos de carne, pecho amplio y boca grande, fruncida por el coraje que le era habitual, como



el mirar lejano, escudriñando el horizonte, con los ojos entornados. Es un hombre acostumbrado a los caminos y hecho a sus peligros, aguerrido en el arte de la trajinería, que le dio fuerza, temple de ánimos y resolución. En trance permanente de lucha o convenio con los salteadores, adquirió su misma traza y cualquiera diría al verlo que es un bandolero, de temperamento sentido, seguro y decidido.

Como sus portes lo fueron preferentemente a Madrid y con vino, se dice, por la facilidad de sus viajes, que estaba en inteligencia con Luis Candelas, que fue el genio del bandolerismo generoso y ciudadano. De ser cierto no tomaría de él malas lecciones para andar por el mundo y de que supo aprovecharlas habla la situación que se creó. Se piensa que le pagaba un canon al bandido madrileño y pasaba las mercancías sin decomisárselas.

Una dentellada del Angel, con las carrilladas que representa, se quedaría con la tajada y una brazada sería como la de un oso, le vibra la carne y se le ve el arranque. En cambio de eso fue generoso, como suele serlo todo luchador que sacrifica con gusto el huevo por el fuero.

El sitio de parada del Angel en Madrid era la taberna de Antonio Carruana, en la cabecera del Rastro y la amistad fue tanta que dio lugar al matrimonio de su hijo Juan Antonio, que es el Candeales que todos hemos conocido, con la sobrina de los taberneros, que no tenían hijos, familia de rumbo al gusto y estilo de la Ribera de Curtidores que dejó bizcos a los alcazareños y lugar muy propio para los encuentros con la gente de rompe y rasga, entre la que se llevó la palma Luis Candelas y también para la desenvoltura de un hombre tan de trato como Candeales.

Unamos a su complexión y fiso-

nomía algunos rastros de su vida que tengan interés general o que sirvan al menos para mantener en el conocimiento de las gentes el recuerdo de esta recia personalidad y del solar en que se afincó, que vino a ser por el tráfico el núcleo vital de la Villa.

El paraje, tan favorecido por el trajín, no lo fue tanto por el brío de sus ocupantes, porque el aire del Cristo siempre fue un poco arremolinado, tirando a matacabras, como de tener muchas calles por donde meterse sin encajonarse fijamente y el personal resultó afectado, como si eso influyera en los ánimos, que sí influye, porque cuando dura mucho el solano y aprieta, la gente no tiene ganas de verse y se dice que está asolaná, se queda parada, como perpleja y luego sale o echa por donde menos se espera. Azote éste del que apenas si el Angel se ve libre, por hacer poco humo en la posada.

En agosto del año 1882, Candeales se decide a resumir sus cuentas y distribuir sus caudales y hasta en las personas de que se rodea se ve su conocimiento y el aprecio de que gozaba.

Hizo testamento ante don Luis Arias, nombró albaceas a don Joaquín Alvarez Navarro y a don Vicente Moraleda Palomares, siendo testigos Benitillo Pérez, Moraleda y José Garrido Guerrero, que era el oficial de la Notaría, con el que se hizo famoso el pito de don Luis, que merece registrarse entre las curiosidades alcazareñas.

Este Garrido era el padre del otro Garrido, gran pendolista, que se ha conocido compartiendo con Emiliete las tareas oficinescas del Ayuntamiento, y de las Garridas de la Castelar, hermano del suegro de Jesús Vaquero.

Se cuenta que cuando iba alguien a legitimar algún documento o a

consultar algo, don Luis lo recibía muy amablemente y le daba a liar un cigarro del buen tabaco de su petaca. A la hora de pagar rechazaba don Luis el intento y decía:

—¡Hombre!, eso no vale nada; si acaso dale algo a Garrido.

Y Garrido lo recibía en el antedespacho con este laconismo:

—Eso vale tantos reales.

—Pero hombre, si don Luis me ha dicho que no era nada.

Garrido le atajaba:

—Tantos reales.

Y el consultante los abonaba a tocateja.

El pito de don Luis se hizo popular y extendido a todos los aspectos de la vida era un dicho corriente cuando alguien, además de un favor, recibido del otorgante amigo, ofrecía un cigarro o en partidas casineras si el ganancioso repartía tabaco entre los componentes, solía decirsele:

—Este no será el pito de D. Luis ¿eh?

En el testamento declaró Candeales que era hijo de Angel y de Antonia, difuntos, y que era viudo de Juliana Vela, encontrándose casado de segundas con Trinidad Manzanero Escribano, teniendo del primer matrimonio tres hijos, Antonia, Francisco y Gregorio Córdoba Vela —de uno de éstos era hija la Felisa, mujer de Cristóbal Cenjor— y del segundo matrimonio dos hijos llamados Juan Antonio e Isabel Córdoba Manzanero, más una nieta, Francisca Morales Córdoba, descendiente de su hija difunta Teresa Córdoba Manzanero, que fue la primera mujer de Tizonas, Celedonio Morales.

Sesenta y tantos años antes de esto ya venía Candeales dejando huella documental de sus trajines. El 5 de abril de 1819, Diego Ortega, Luisa Ortega, Lorenzo Ortega, Presbítero, Mariano Correas y Cas-

ta Ortega, vendieron a Angel Córdoba una era situada en el Charcón, que linda con el Marcos y su hermano Braulio Vela, con huerta de doña Francisca del Val y don Alfonso Casero. Este detalle es uno más a favor de la idea expuesta en otros libros sobre la existencia del Charcón en esa zona.

El 21-7-1849, Juan José Córdoba vendió a su hermano Angel una parte de casa que le correspondía por herencia de sus padres, situada en la calle de las Huertas, proindiviso con el comprador, su hermana María Josefa y los hijos de Juan Antonio Córdoba, y toda la casa linda con la capilla del Santo Cristo de Villajos, la calle del Horno y herederos de Matías López Alcolado. Esta parte de casa se vendía con sus entradas y salidas y servidumbres, libre de cargas, salvo la parte de censo común a toda la finca a favor de don Juan de Dios Villoslada por su esposa y que queda a cargo del comprador. El precio grafiado fue de 40 reales de vellón pagaderos a plazos.

En octubre de 1854, María Josefa Córdoba, viuda de Juan García Vaquero, vendió a su hermano y convecino A. Córdoba, una cuarta parte de su casa que le correspondía por herencia de sus padres, en la que fue de éstos en esta población y en su calle de las Huertas, que linda por el saliente con la calle del Horno, al mediodía la ermita del Santo Cristo de Villajos y al norte Julián del Barco, cuya cuarta parte se halla proindivisa con las demás correspondientes al comprador, con sus entradas, salidas, servidumbres y demás, libre de cargas excepto el censo perpetuo de un capital de mil seiscientos cincuenta reales que obra sobre toda la casa y en favor de Francisca de Paula Bulnes, mujer de Juan de Dios Villoslada, vecino de Campo

de Criptana, que queda a cargo del comprador.

Otra octava parte la adquirió el Angel en una subasta, pero también procedente de su hermano Juan Antonio Córdoba Martín-Soldado, a 7 de febrero de 1861.

En julio de 1821, los hermanos Correa, vendieron una casa que les correspondía por herencia de su abuelo Bartolomé Martín Chocano, a Angel Córdoba, situada en la Puerta de Villajos, lindera con Antonio Morales y la viuda de Bartolomé Barco, con entradas y salidas y demás servicios, con un censo redimible de 1.646 reales a favor de Cristóbal Quirós, vecino de Campo de Criptana, que debía ser abuelo de la mujer de Villoslada. Villoslada fue luego escribano de nuestro Juzgado de Instrucción, anterior y conjuntamente con don Patrocinio Corrales y vivió mucho tiempo en el Altozano, en la casa que ahora Conchita Palmero, esquina a Fray Patricio Panadero.

En el establecimiento y redención de estos censos aparecen algunos detalles de interés general, por ejemplo, en una declaración de Bartolomé Chocano, relacionada con los censos, dice que la casa de que fue propietario hace a dos calles, la una titulada de las Huertas y la otra del Horno, teniendo en su costado, que da al mediodía, el portal del Humilladero, donde está la Cruz de Villajos y lindando también con casa de Manuel Lozano.

No hay duda por lo tanto de haber existido delante del Cristo el portal que se recuerda por tradición oral y de que esta Cruz, sirvió también de humilladero como la de la Puerta Cervera, reiteradamente recordada en esta obra.

En otra declaración de Angel Candeales, dice que su casa de la calle de las Huertas linda con las de Manuel Lozano, Antonio Mora-

les y el Humilladero del Santísimo Cristo de Villajos.

Todas estas declaraciones se refieren a la redención de los censos antes consignados y en relación con las personas que median puede ser de interés consignar algunos detalles que ayuden a su recuerdo, tales un poder otorgado por don Juan de Dios Villoslada Navarro y su esposa doña Francisca de Paula Bulnes Quirós, vecinos de la ciudad de Granada, de donde es natural el primero y la segunda de esta Villa, para la redención de uno de los censos antedichos, sobre una casa en la calle de las Huertas, con la que linda por poniente y saliente la calle del Horno, a mediodía el Humilladero del Santo Cristo de Villajos y al norte Julián del Barco, que en la actualidad pertenece a Angel Córdoba.

A 6 de marzo de 1868, Domingo Montealegre Barco, vende a Angel Córdoba Martín-Soldado, su casa de la calle de las Huertas que linda por la derecha de su entrada con la de Julián Barco y por la izquierda con la de Matías Bustamante y por la espalda con la del compareciente Angel Córdoba, que le corresponde por herencia de su madre Pascasia del Barco y tiene el número 6, midiendo mil trescientos cinco pies cuadrados.

En el testamento legó Candeales la casa de la entrada de la calle de las Huertas a su viuda Trinidad Manzanero que por la ley de contrastes que se da en los emparejamientos humanos, tan naturales como convenientes, era una hormiguita de su casa, cumplidora y obediente, para que al Angel no le faltara nada y le luciera su ganancia.

La abuela Trinidad era prima hermana de Francisco Manzanero y por parte de su madre, prima hermana de la tía Aniceta de la Corredera. la madre de Luquillas, Juan de Mata y Antonio Lucas, cuyo padre, albañil como



todos los Lucas, murió muy tempranamente. Madre también de la mujer del Gitanillo y de la de Manuel Comino el Practicante.

Candeales fue a entroncar con Juanillo Alameda, que era todo lo contrario que él, por el matrimonio de su hija Isabel Córdoba Manzanero con Pintafrailles, Vicente Izquierdo Castellanos. El verdadero nombre de Juanillo era Juan Izquierdo Vela y su mujer Isabel Castellanos Lizcano. Lo de Juanillo Alameda se lo aplicaban por estar siempre en la aldea de este nombre y el mote de Vicente se debe a que fue dibujante por intuición e hizo algunos retratos de frailes tan bien que se quedó con el mote de Pintafrailles. Tenía hermosa letra y sumaba muy deprisa. La Isabelilla cuentan que era muy desprendida y les daba el pienso a los vecinos cuando le pedían. No sé si el aire vendrá por ahí, pero como vivían en la Cruz Verde, la casa más arriba del tío Julianete que rodeaba la de Juanillo por detrás hasta salir a la calle Machero, su hijo Beneje cogía los borricos y las

mulas de los miguelotes que paraban a comer en el ramo de la Moya o de Gregoriete el de Estrella, los hartaba de cebada, les ponía los pretales y se iba a la huerta con ellos. Y sin eso, sus ocurrencias eran frecuentes y sonadas. Le dijeron que venían los Reyes Magos, enganó la mula y cargó el carro de candeal, cebada, avena, pan, patatas y cuanto vio por su casa y se fue al Santo a esperarlos, pero luego entraron por la calle Toledo y a medianoche salieron a buscarlo y lo encontraron esperando a los Reyes para darles cuanto llevaba en el carro.

Fue al motor de Sierra y había un toro de Paulino atado a la pila de una era. Le cortó la sogá y echó a correr por la Cruz Verde diciendo:

—¡Que viene el toro, que viene el toro!

La gente corría y su hermano Higinio y otros que estaban haciendo de vientre en la callejuela de los frailes tuvieron que subirse a las ventanas con las bragas caídas.

Falta que todo ésto y lo muchísimo más que se cuenta sea verdad, porque hay quien dice que Be-neje echaba más trolas que Patri-cio el embustero, el de la Camacha de la Puerta Cervera, pero lo que sí es cierto es que por la casa de Juanillo se coló un aire de esos que más o menos le dan a todo el que pillan a su paso.

También de una de las ramas femeninas del tío Juanillo procedían la Chirola y el P. Luciano Menasalvas.

En las anotaciones precedentes, se ve que la Puerta de Villajos es anterior al Cristo y aun a la Cruz misma, como siempre se la llamó. Y que la Cruz lo fue de humilladero, como en la Puerta Cervera, para los entrantes y salientes de la Villa por esta puerta, pero aquí



Este grupo fotográfico está formado por el matrimonio Pintafrailes con cuatro de sus hijos: Teófilo, que se pintó solo, Natividad, después mujer de Antonio Cencerrado, el maquinista, Ramona, mujer de Crescencio Barrilero y Teresa, primera esposa de Antonio Tejero.

con soportales protectores por estar la Cruz en el campo.

Es seguro que ahí hubiera una Cruz de piedra como dicen la Pepa Carrascosa y la Antonia de la Dositea y como son las cruces humilladero en todas partes, pero no lo es que Candeales cediera el terreno para la ermita, puesto que en todas sus escrituras consta que las partes que compraba eran linderas del Cristo ya fundado y cuya devoción popular se ha ido aumentando con el tiempo, con lo concurrido de su situación y sobre todo con las gracias recibidas del Señor.

Al desaparecer la Puerta quedó el Cristo dando nombre al paraje y con las vueltas que da el mundo, habrá que ver lo que pasa con el cambio que se vislumbra, pero no

debería faltar quien lo recordara para conservar el nombre castizo de Puerta de Villajos y que continúe, porque algo dice y más, si tanto aquí como en la Puerta Cervera, se prescinde de los presuntuosos y extranjerizantes calificativos de avenidas, impropios de nuestra sencillez.

La forma rara que tiene es inevitable y está impuesta por las

corrientes que engendraron la calle del Horno, callejuela y muy callejuela creada por las necesidades de servidumbre y comunicación de los vecinos colindantes y muy principalmente para dar paso al excedente de aguas de las Santanillas que se brincan el camino del Campo y dieron a la calle la chechura que se conoce.

EL CRISTO DEL AMPARO

¡Cuántas veces ha salido a relucir el Cristo del Amparo en estas páginas sin haber llegado nunca a localizarlo bien en ninguna ocasión! Las alusiones que se le hacían lo situaban por allí abajo, ¿pero dónde? ¡Ah!, eso era harina de otro costal.

¡Y qué sorpresa! Su existencia es recientísima, hasta la época de la guerra, pero tan apartado y tan silencioso que nadie caía en él. Era una cruz de madera con la imagen del Redentor pintada en su cara anterior, protegida con un «volaillo» y una lamparilla a su lado, situado en la Mina, detrás del convento de San Francisco, en el chaflán donde confluyen la acera derecha de la Mina y la izquierda de la calle del Arriero Pobre que va al Pozo Coronado, frente a los corrales de Quílica y de Cartagena.

Era una devoción muy familiar entre los del contorno, tomada por los vecinos con entera confianza, como cosa de casa. Nunca le faltaba aceite y cuando alguna lo necesitaba para guisar cogía el de la lamparilla tranquilamente. Las demás lo sabían y hacían la advertencia del posible castigo, pero quien lo tomaba decía:

—¡Anda!, no hay cuidado; el Cristo no dice nada, porque sabe que lo necesitamos.

Y las devotas seguían llevando y acrecentando su fe, bien manifiesta en las que fueron amortajadas de blanco desde Santa María, muchas noches seguidas, para pedirle al Cristo amparo para su mal.

APORTE DE RIPIOS

En toda obra hay desperdicios no despreciables, piezas nobles desportilladas o fragmentos desprendidos en las maniobras de colocación, que después se aprovechan por su calidad para completar la línea de la construcción. No debe extrañar que en una obra de tan abundantes acarreos como la que nos ocupa se junten muchos ripios y se haga una limpia de vez en cuando para poder andar y guardar lo útil en la continuación, tanto para los presentes como para los que vengan.

En este caso, los ripios son pequeñas aportaciones, al parecer desligadas del conjunto, pero sólo al parecer, que aclaran o ayudan a comprender mutaciones genealógicas, hipótesis de trabajo o justificaciones históricas de la Villa, por lo que se reputan de utilidad para los estudiosos o sencillamente amantes del pueblo.

Véase qué curiosidad.

El 15 de septiembre de 1684 murió Antonio, paje del Gobernador. No tuvo de qué testar. Se enterró en la Parroquia en sepultura de la iglesia y se dijo en el día de su entierro una misa cantada y no otra cosa, lo que quiere decir que se le enterró de limosna. El Gobernador era la primera autoridad en nuestra capital y el paje su criado o servidor inmediato en todos los menesteres íntimos y tal vez en algunos del cargo, como servicio de armas, protocolos y otros. Así estaban las cosas.

El 22-1-1692 murió Ana María Jiménez Guerrero, mujer de Antonio de Arteaga y Silva. Nombró albaceas a Fernando Jiménez Gimeno, su padre, al dicho Arteaga su marido y a José de Silva y Arteaga su suegro. Por herederos sus padres Fernando Jiménez y Ana Guerrero.

9-11-1736. Muere María Núñez, viuda de Diego Cardona, testó ante Don Andrés Ximénez de la Castellana, siendo una de sus mandas fundar una memoria con cargo a dos misas rezadas que se han de decir en Santa María el día de Nuestra Señora de la Concepción en cada un año o en la octava, dejando por hipoteca un cebadazo en el alto de Mira de 8 fanegas, linde el camino de en Medio, a la derecha como se va y de tierra de la parroquia de Santa María. Nombró albaceas al licenciado Pedro Ramos Novillo y a su hijo Diego Cardona que continuó el nombre de su padre.

Día 4-12-1737. Falleció la doncella Angela García, natural de Consuegra y parroquiana de Santa María, donde se mandó enterrar dejando para su ánima 524 misas, incluidas cuatro cantadas, a la cera del Santísimo dos libras, cosa excepcional, a las forzosas lo acostumbrado, a la lámpara del Santo Cristo de la Viga dos arrobas de aceite, a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario dos libras de cera, al Prior de la Parroquia seis mil reales de vellón para que todos los años, en el día de los Dolores de María Santísima, se le diga una misa cantada con vigilia, responso y toque de campanas.

El 14-1-1748 muere Lucía Ana Villaseñor, viuda de Juan Francisco Maroto Guerrero, natural y vecina de la Villa y parroquiana de Santa María. Se mandó enterrar en San Francisco con infinidad de sufragios como era usual.

24-11-1757. Falleció Juan Julián Millán Jareño, administrador de las

Reales Fábricas de esta villa, natural y vecino de ella. Dio poder para testar a Doña María García Torero, su mujer, ante Pedro Díaz Maroto, escribano de S. M. y público, los cuales dispusieron el bien que debería hacerse por su alma.

El 13-11-1769 muere Don Raimundo Forniés Bardají, marido de Eugenia Turbido, natural de la villa de Bolea, en el reino de Aragón, administrador de los Reales Tercios que en esta Villa tiene el Serenísimo Señor Infante Don Gabriel, Gran Prior de San Juan y otorgando poder que por la gravedad de su enfermedad no lo podía ejecutar, a su yerno Lorenzo Cortés, por ante Don Francisco Rico, escribano de la villa con intervención y asistencia del licenciado Don Juan Antonio Sánchez de Navas, abogado de los Reales Consejos y Gobernador de estos Prioratos de San Juan, reservando el señalamiento de albaceas, heredero y sepultura que hizo en la Parroquia y nombró heredero a su citado yerno.

El primero de diciembre de 1865 aparece por primera vez el diagnóstico de cáncer en el fallecimiento de Eusebia Molina, de 52 años.

El 11-2-1867 se registra la muerte de José Antonio Villamar, de 51 años, marido de Josefa Rodríguez, de erisipela, que al que no mata pela. Vivía en la calle de Santo Domingo, como ya se sabe.

El 14-11-1867 murió Manuel Abengózar, sacristán menor, testigo de tantísimos actos eclesiásticos. Murió a las dos de la madrugada de una irritación del pecho, a las 77 años, viudo de Gabriela Nieto. Don Jesús Romero hizo constar todos estos detalles. Vivía en la calle de Santa María y actuaron de testigos el otro sacristán, Francisco Rubio y el Presbítero Don Laureano Paniagua.

El 20-5-1868 se enterró al posadero cuyo recuerdo se ha perdido y convendría reconstruir por la relación que tuvo en toda la vida local, José Sánchez Hijaldo, de 45 años, marido de Cayetana Agenjo (la de la Posada), que murió de ataque al cerebro y vivían en la Plaza de la Constitución. Recibió los Santos Sacramentos y no testó.

Escalona, que estuvo mucho tiempo de Teniente Cura con Don Jesús Romero, firmó el acta de defunción, por irritación, de José Oliver, de 48 años, después de recibir la extremaunción, en la Posada de la Plaza de la Villa, muy bien dicho, eso de Plaza de la Villa podría ser un nombre que le cuadrara bien a la nuestra, pero por haber perdido el villazgo le cae mejor el de Plaza Vieja que le dio todo el mundo.

El 26 de abril de 1872 se enterró a José Manzanero, muerto a la una del mismo día, de gangrena, a los 52 años, casado con Jesusa Mendoza, que vivían en la Torre del Cid. Es evidente que se trata del padre de Casto el Zurrante y seguramente al que se debe este apodo tan típico y adecuado y tan nuestro, ya lo veremos.

El 2-10-1873 murió Joaquín Barco, de 59 años, viudo de Dominga Paniagua, que vivían en la calle de la Independencia, son los padres de Fulgencio, él y la hermana del tío Laureano. Fulgencio se casó con una de las hermanas de Don Vicente Moraleda.

El 14-4-1875 falleció María Alvarez de Lara, viuda de Isidro Alvarez de Lara, que vivían en la calle de Almagueta. Nombró albaceas a Juan Manuel Ladrón y Juan Alvarez Guerra; heredero su hermano Pedro; entierro de primera y no recibió Sacramentos. Véase cómo se mantiene la trabazón de los Alvarez Guerra y de Lara.

Algo antes había muerto Victorina Peñaranda de fiebre gástrica a los 72 años, soltera, hija de Francisco y de Ruperta Fernández, que vivía en la calle de Santo Domingo.

Dos defunciones que pueden ayudar a interpretar varias de las citas que se han hecho de estas familias, son las de Eloísa Boronat y López, de mes y medio de edad, ocurrida el 3-2 del 878, hija de Miguel, natural de San Vicente, Alicante, y de Justo López, natural de Villasante, Burgos, y otra de mucho arraigo, la de Fructuoso Delgado Paniagua, que ya era hora de conocer su segundo apellido, de 74 años, casado con Hilaria Marín, hijo de Braulio y de Josefa que falleció de calentura adinámica. Y de calenturas atáxicas murió el 28 siguiente Inocente Ortega Parra, el barbero célebre de la Plaza del Rosquero, casado con Luciana Quintanilla.

El 8-3-1887 muere Don Luis Arias Villarejo, de 62 años, casado con Gregoria Alvarez, hijo de José y de Antonia, a las 11 de la noche y el 21-1-1893 murió Doña Gregoria Alvarez Navarro, viuda de Luis Arias, de 69 años, hija de Pedro e Inocenta. Falleció a las doce y media de la mañana, de un catarro pulmonar. Recibió todos los Sacramentos y testó. Dejó dos hijas llamadas Inocenta y Ascensión.

5-2-1893 muere Hilaria Marín Romero, que como en el caso de Fructuoso Delgado, su esposo, tampoco ha sido fácil hallar su segundo apellido. Tenía 78 años, hija de Pedro y de Petronila y murió de pulmonía a las seis de la mañana, dejando 8 hijos: Cástor, Polonio, etc.

Camilo Roperó Alcañiz, el mayor del Tío Carabina, de tanta actuación en la plaza, murió a los 40 años, el 6 de octubre de 1890, a las 4 y media de la madrugada de fiebres gástricas, casado con Benita Izquierdo.

El 30 de octubre de 1899 murió el abuelo Basto, Blas Mazuecos Agénjo, de 76 años, viudo de Manuela Campo, de Casimira Román y de Paula Escobar. Falleció a las 4 de la tarde de gastroenteritis.

Doña Julia Alvarez de Lara y Añover, esposa de Don Felipe Arroyo Hernández, de 52 años, hija de Inocente y Clementa, falleció el 27-1-1905 a las dos de la tarde de derrame apoplético y él a las 10 de la noche del 1-6-1907, a los 58 años, en el Altozano, de tuberculosis pulmonar. Era hijo de Cirilo y Nieves.

El tío Joaquín Vela Arias, de 77 años, casado con Salustiana Quintanilla, falleció a las 10 de la mañana del 22-3-1907, de pleuroneumonía del lado derecho, en la Puerta Cervera.

Y Manuel Ortega Quintanilla, el barbero, hijo de Inocente y de Luciana, casado con Dolores Ruiz, en la Plaza del Rosquero, de arterioesclerosis a los 51 años.

Se comprenderá el gran interés de estos datos para la formación de las genealogías locales, sin las cuales no se podrá reconstruir nuestra historia. Como aportación a quien pueda realizar tan meritoria labor se consignarán algunos datos más que podrían ser difíciles o imposibles de hallar en el momento de necesitarlos.

Hay dos datos de mi familia materna que no figuran en la genealogía del fascículo 31: una del 8-5-1901 que fallece Rafaela Pérez-Pastor y Gallardo, casada con Francisco Espinosa, de 37 años, hija de Juan Pedro y de Severa que falleció de lesión orgánica del corazón.

El día 30-1-1907 murió Eladio Gómez Rubio, natural de Camuñas, a

las once de la noche en la calle de San Juan, a los 42 años, de tisis pulmonar, hijo de Nemesio y de Antonia, casado con Gabriela Pérez-Pastor.

Se le decía el tío señorito y en verdad que lo era, pues poseía una corrección y de unas maneras nada comunes. Su oficio era tipógrafo en Madrid, donde vivió siempre en un ambiente de gran distinción. Es una satisfacción poder dejar consignado su recuerdo. Y lo mismo los detalles que siguen aunque de momento no parezcan trascendentes ni remoto su origen.

El nombre completo de Eladio era Simeón-Eladio y aunque en Alcázar se le conociera por este último, en su casa le decían Simeón y todavía lo recuerdan con este nombre sus sobrinas Carmen y Antonia Gómez Grova que viven en Madrid muy telendas.

El ser de Camuñas, hijo de labradores, el llamarse Simeón y el oficio que tomó, están diciendo a las claras cual fue la formación de Eladio, futuramente ligada a la escuela Evangélica de tan antigua, decisiva y beneficiosa influencia en su pueblo, que es un aspecto más del peso del liberalismo en nuestra comarca.

Su oficio fue cajista de imprenta, como Julián el de la Verbena, con pundonor y lo que es menester, pero el aire de Eladio, dentro de lo popular del oficio, era menos chulesco, más aristocrático, aunque lo enortijado del bigote le da matices barriobajeros. Sus ojos grandes, un poco saltones pero de triste mirar, más que lo aparenta el retrato. De poca estatura pero presumido y pinturero, afable y cortés, nadie en su barrio le hubiera dicho Don, sino Señor, el Señor Simeón el cajista, por ser oficio distinguido e ilustrado por el roce con la gente de letras.

Ser de esa villa, donde el libre examen logró especial arraigo, ser cajista en Madrid, ser cuñado de una actriz célebre y tener una hija llamada América, son detalles cuya suma nos dan la clave de la personalidad de Eladio, de su tono espiritual y de su trayectoria en la vida. No es ninguna fantasía suponer que fuera hombre progresivo, como cualquier cajista de imprenta de su tiempo, contemporáneo de Pablo Iglesias y de Julián o de Juan José, personajes más o menos legendarios que encarnan una época que parece imaginaria. Ni puede dudarse que fuera muy aficionado al teatro y de la clá, quizás hasta como jefe al estilo del Tapas y tal vez del Apolo con entrada reservada por Barquillo. O de la Zarzuela con repartos de pases en la taberna de la calle del Turco.

Sin embargo, aquello fue interpretado en Alcázar como señoritismo, que es cosa bien distinta, por cuatro pardillos inexpertos y Eladio conocido por el tío señorito. Lo que hace el no entender y aquí sería oportunísimo el juicio agudo de Enrique Puebla que lo tuvo en su imprenta mientras pudo estar de pie.

La decisión de casarse con la Gabriela, que era su polo opuesto y venirse a Alcázar, estando ya picado de los pulmones, donde las cuatro pesetas de jornal del cajista madrileño eran poco seguras a pesar del alarde de imprentas mantenido por hombres más bien soñadores, como el Maestrín y Puebla, que no tenían reparo en aceptar oficiales de Madrid, agravó más bien que alivió la situación nada buena de Eladio, que además tenía que ayudarse llevando cuentas en alguna bodega,

cosas que precipitaron su muerte dejando un recuerdo grato pero imperceptible casi de su paso por la villa.



Eladio Gómez Rubio y América Gómez Zabala, única hija que le sobrevivió y que hace un año escaso murió en Barcelona.

La fotografía, tan hermosa como ella, denota la compenetración con su prima hermana, la ilustre primera actriz de zarzuela Antonia Arrieta Zabala, pues podría pasar por su prima en adornos y colocación. La fotografía está hecha por el célebre Alfonso y dedicada el día 9 de Septiembre de 1911. Y de un mes después, hechas en Sevilla, hay preciosas fotografías de la Arrieta donde se ve que era una real fiamenca.

El mal genio de la madrastra, incultura y rusticidad en suma, distanciaron de Alcázar a la hija de Eladio que de otra manera hub era consumido aquí su vida,



ya que no le tiró la escena y ha terminado sus días soltera y como mecanografa en las oficinas de una empresa catalana de películas, lo cual demuestra que el venticillo del teatro la siguió acariciando de por vida.

Me es particularmente grato refrescar esta efemérides familiar y dedicarle este sentido recuerdo, lamentando que las piruetas del tiempo no me hayan permitido verla antes de morir.

7-2-1910. Gumersindo Alberca y Correas, de 72 años, hijo de Manuel y de Ramona, fallecido en la calle del Mediodía de bronquitis senil.

13-2-1911. María Lorente Agenjo de 39 años, hija de Antonio y de Ignacia, casada con Emilio Ortega, fallecida en la calle de Santa María de fiebre puerperal.

20-8-1911. Juan Castellanos Arias, de 75 años, hijo de Petronilo y de Francisca, viudo de Felisa Alvarez, fallecido en la calle de San Francisco de debilidad senil.

13-4-1912. Juliana Moraleda Palomares de 68 años, hija de Lope y Teresa, casada con Julián Barco, fallecida de endocarditis crónica.

11-12-1912. Benito Quintanilla y Díaz Panadero, de 66 años, hijo de Miguel y de María Antonia, viuda de Saturnino Izquierdo, fallecido a consecuencia de un síncope cardíaco a las 11.

2-4-1913. José Julián Ferrer, de 89 años, natural de Cantavieja (Te-

ruel), viudo de Apolonia Repullés, hijo de Lamberto y de Rosa, falleció a las 8 de la mañana de marasmo senil. El abuelo de Soubriet.

13-4-1913. Desiderio Mínguez Fernández, de 51 años, casado con Crisóstoma Román, hijo de Santiago y Manuela, falleció a las 4 de la mañana a consecuencia de hernia crural central del estómago.

20-5-1913. Basilia Delgado Marín, de 66 años, casada con Eusebio Escribano, hija de Fructuoso e Hilaria, falleció a las 13 a consecuencia de insuficiencia mitral.

3-7-1913. Lipar Alvarez de Lara Añover, soltera, de 67 años, hija de Inocente y Clementa, fallecida a las diez a consecuencia de bronconeumonía aguda.

24-7-1913. Fulgencio Barco Paniagua, de 70 años, viudo de Juliana Moraleda, hijo de Joaquín y de Dominga, fallecido a consecuencia de prostatitis.

12-8-1914. Alvaro González Mena, de 53 años, natural de Oviedo, casado con Asunción Arias, hijo de Diego y de Celestina, falleció a consecuencia de cáncer gástrico.

30-9-1914. Marcelo Vaquero Racionero, de 11 años, hijo de León y Marciana, falleció a las diez de meningitis cerebral.

29-1-1915. Laureano Paniagua Pérez, de 89 años, viudo de Cesárea Cenjor Guerrero, hijo de José e Isabel, falleció a las dos de catarro bronquial.

28-5-1915. Ramón García Esquerro, soltero, de 54 años, hijo de Dionisio y Josefa, natural de Madrid, falleció a las 11 de la noche de miocarditis crónica.

*

*

*

Gastos de boda

He aquí los que tuvo Pintafrailles con su hija Teresa, la primera mujer de Antonio Tejero, que murió de sobrepeso, a los catorce meses de casada, en noviembre de 1907.

El apunte está hecho de su puño y letra, clara y cursada, no exenta de ringorringos de los que presumían de caligrafía, más naturales en Vicente que se sentía dibujante y por serlo le cayó el apodo. Dice así:

«Tortas, bizcochos y soltillas, 46 pesetas; por 22 kilos de carne de cordero, a 2 pesetas, 44 pesetas; 4 kilos de ternera, a 3,50, 14 pesetas; 18 panes, a 0,35, 6,30; aceite, 3 litros, 4,50; 6 kilos de arroz, 5,50; media arroba de azúcar, 5,75; limones y naranjas, 2 pesetas; una arroba de carbón, 1,40; tres kilos de carne, a 3,50, 10,50; cuatro docenas de huevos, 5 pesetas; un kilo de tocino, 5 pesetas; tres libras de aceite, 2,10; kilo y medio de garbanzos, 2,25; perejil, pimienta, moscada y azafrán, 1 peseta; 16 huevos para la sopa, 1,60; dos botes de tomate, 0,70; a la cocinera Antonia, 9 pesetas; a la Concha, 5; canela molida 1,25; en rama, 0,50; hoy, Cañarra, 1 peseta. Total, 173,45.» A ver si hay quien dé mas.

MANTELES RECOGIDOS

Una vez me hallaba accidentalmente en una de las casas más presumidas

Mi presencia en tales lugares siempre fue accidental o yo la consideré así por la propensión que se suele observar en ellos a mirar por encima del hombro, demasiado afectada, falta de naturalidad, de respeto impropio por lo excesivo, que evidencia la distancia o separación que la vanidad desea mantener y que luego suele quedar permanente en la vida por razones obvias, entre ellas el poco aprecio que el orgullo alcazareño hace de tales visajes.

Se hablaba de una familia enriquecida y uno de los ricos por herencia expuso su creencia de que no habían comido en manteles hasta hacía poco, cuando los descendientes empezaron a presumir y meterse en sociedad. Comprendí la razón, aunque lo manifestado fuera una variante de las miradas altivas.

Por entonces ya conocía yo las normas educativas de la inolvidable Residencia de Estudiantes, donde aunque se comiera cocido no podía faltar nada en el menaje para comer con toda corrección cada cosa y allí estaban los profesores, estables o transeúntes, como Unamuno mismo, para convivir limpiamente y dar ejemplo de urbanidad y buenas formas.

Después penetré en el sentido rudimentario aunque noble de las normas de nuestros labriegos, con las que me crié y figuran consignadas en esta obra. Ahora observo, no ya que las princesas vayan enseñando las corvas por la calle poco majestuosamente, sino que los llamados señoritos van derechos a la cazuela común, cuando no a la sartén en el suelo, pan, cuchara y navaja en la mano y dejando en el suelo un rastro más copioso que el de los peones, acostumbrados a echar a un lado los desperdicios.

Y todo por incapacidad e inadaptación, con la posibilidad de que las obligaciones ineludibles vuelvan a la mujer a su casa o bien que se disuelva el hogar transitoriamente, hasta que Adán y Eva vuelvan a formar su nuevo Edén.

La vida sigue una oscilación pendular y nada escapa a este movimiento ni aún lo que parece incommovible. Todo empieza, todo acaba y todo cambia en un tiempo más o menos largo, pero seguro y aún suponiendo que la civilización actual se perdiera en la relajación o en la disgregación atómica, la especie humana superará la prueba y renacerá con más brío hasta que alcance su plenitud. Fenecerá lo caduco, pero sobrevivirá el germen que dé lugar a la forma nueva.

Ahora ha llegado la hora de recoger los manteles dando marcha atrás en el camino de la distinción. Es decir, se tiende a suprimir todo lo superfluo que es precisamente lo que da elegancia y se llama lujo, lo que parece que no hace falta y representa finura y delicadeza, que no hace

falta para la vida vegetativa, pero sí y mucha para vivir con un minimum de decoro, de aseo, de honestidad y de comodidad, imperiosas para el hombre civilizado, aunque en virtud de esos movimientos pendulares parezca que ahora se vuelve a la vida animal en lugar de sobreponerse a ella.

El que los animales o los seres humanos se entrelacen en la calle ya se sabe lo que es, pero lo que eso repugne, aunque la sociedad lo tolere, es otra cosa muy distinta y por encima de la animalidad, es la prueba de haber sufrido el desvaste durante milenios y seguirles quitando fiebre a los actos humanos, haciéndolos más delicados y bellos, espiritualizándolos y poetizándolos, porque lo puramente animal, aparte la perpetuación de las especies, tiene poco de ejemplar ni siquiera de ideal. Y el comer en cualquier parte y de cualquier manera, volviendo a los usos primitivos, supone un retroceso en la educación del hombre que tan trabajosamente se iba logrando.

Se ha visto que cualquier circunstancia propicia hace sacar al hombre la fiera que lleva dentro amansada durante siglos y ésta de dejarle abandonado al imperio de los instintos le hará renacer como por encanto el pelo de la dehesa, cornificándole las uñas y agudizándole los colmillos.

*

*

*

Refranes que trabajan

Ya hay pocas casas que cuenten con una baraja de mujeres lustrosas y fuertes, de esas de olor a naturaleza, como decía Gabriel y Galán, pero en una de esas pocas se comía a la antigua usanza, aunque no como antes de abundante y de bien, más que nada por los años.

Alguna se descuidaba en alargar el brazo y al insistirle las demás, se justificaba recordando un conocido refrán.

—No corrais tanto, que al viejo poco plato y mucho zapato.

Es decir, poco comer y mucho andar. Y siguió comiendo calmosamente que es como se aprovecha la comida, pues la carne se hace comiendo.

Flores del gallinero

Se recuerdan muchas, tanto del teatro de la Plaza como del de Cristóbal y se recuerdan también los ademanes de asombro y la repulsa con que los oían los caballeros, siempre celosillos y los mohines de boquilla de la mayoría de las damas.

Estos exabruptos iban siempre dirigidos al escenario, arrancados por el atrevimiento de alguna artista que enseñaba los tobillos, pues enseñar las pantorrillas, que también se hacía alguna vez, suponía ya el colmo de la incitación, y las mujeres se regodeaban de oír el cacareo que la exhibición producía en el gallinero y aún en los mismos pasillos del patio.

Un relincho: "Mía si te pillaré en este momento".

Otro, con desfallecimiento, desde el otro extremo: "Pues aquí ya llegaba tarde".

BENITILLO PÉREZ

Con motivo de la publicación del retrato de este singular alcazareño en el fascículo 31, se han conseguido algunas aportaciones que no se habían logrado con tantas notas publicadas de su activa vida.

Gracias bien expresivas se deben por ello, en favor de la historia alcazareña, a su bisnieta Ascensión Manzaneque y a su sobrina-nieta Orfelina Pérez que, en el rodar de la vida, han venido a ser, por su postrer nacimiento, las que más cerca estuvieron de su recuerdo y las que, dentro de la lejanía, pudieron percibir algún rumor del curso de su existencia.

Resulta que Benitillo era hermano del tío Cartagena —Juan Antonio Pérez Calderón— y primo hermano del tío Laureano —Laureano Paniagua Pérez—. Habiendo conocido a estos últimos, se encuentra en el retrato de Benitillo un detalle biológico que los diferencia mucho y que explica la actividad, a veces febril y siempre minuciosa e impulsiva de Benitillo, que era un hipertiroideo neto. Su mirar lo acredita por sí solo.

No hay nada de esto en los otros parientes, pero son bien características las alteraciones endocrinas, de sentido contrario a Benitillo, de los descendientes del tío Laureano, incluso en otras secreciones internas, de lo que fueron prueba los rasgos acromegálicos de aquel pedazo de pan que fué su hijo Jesús. La herencia endocrina, a partir de los padres de Benitillo, de Cartagena y de la madre del tío Laureano, se manifiestan con carácter dominante en Benitillo con el hipertiroidismo, sin ninguna alteración observable en Cartagena ni en el tío Laureano, pero se manifiesta en los hijos de éste, salvo en la mujer de Alfredo, madre de los Saiz, pero no sólo de su línea, sino también de la de su matrimonio, porque las Cenjoras de Criptana fueron ejemplares característicos de adiposidad hipofisaria o suprarrenal, virilismo y esterilidad, como nuestra Pantoja. Actualmente no se puede separar la historia de la biología y de la geografía, es decir, del conocimiento del hombre y de su medio.

Se puede ir completando la genealogía de Benitillo con los miembros recordados de las tres ramas citadas.

La casa de Benitillo era la de enfrente de las monjas de la calle del Verbo, conocida últimamente como de Don Tomás Manzaneque, cuya esposa era nieta de Benitillo, hija de Juan José el de la lonja, que estaba casado con la hija de Benitillo —Luisa Pérez Villar—, que tuvieron de hijos a Pilar, Paula, Antonia, el conocido Antonio, Carmen y Enrique López Pérez. La razón de tener Antonio y Antonia fue que Benitillo tuvo otro Antonio que siguiendo sus pasos se hizo abogado, ingresó en Hacienda y se murió al mes de entrar, a los 28 años, de fiebres tifoideas. La primera y única paga que percibió la tuvo guardada Benitillo toda su vida. Con esta muerte quedó la esposa de Juan

José Tapia como única descendiente de Benitillo y los hijos de ésta como ilusión postrera de Benitillo que iba hasta a calentarles la cama por las noches, con el calentador dorado que se llenaba con las ascuas de la lumbre. Y que lo haría puntualmente, porque fué tan reglamentarista como activo y lo hacía todo a las mismas horas, al toque de campana como los frailes, a misa a las siete, comer a las doce y acostarse al toque de ánimas a las ocho, cocido diario de comida, como en todas las casas bien arregladas y la mayoría de las noches chorizo y ensalada de zanahorias de cena.

El pueblo le decía Benitillo y él no atendía por otro nombre pero en su casa le decían padre Benito y a su mujer madre Josefa. El debió morir como a los 72 años y ella a los 84. Ya consta en esta obra que se casaron el 16 de julio de 1845, teniendo él 24 años sin que consten los de ella, que era hija de Antonio Villar y de Benita Castellanos, difuntos, todos de Alcázar, aunque el apellido Villar no fuera de los de mucho arraigo local.

De Juan Antonio Pérez Calderón —Cartagena— se desconoce quien fuera su primera esposa con la que no tuvo hijos. Su segunda mujer, María Cepeda Menasalvas, tuvo a Peseta —Alfonso Pérez Cepeda—, Mariano Cartagena y Manuel Cartagena, la Petra que se casó con Gregorio el Galgo el de la calle del Santo y la Angela con Francisco Monedero el de la calle de las Cruces.

El tío Cartagena vivió siempre aquí orilla de la fábrica del Yeso, al salir de la calle de las Peñas. Fue uno de los adelantados del barrio, por la razón sencilla de tener desde el principio su vida ligada al muelle de la Estación.

El tío Laureano tuvo de hermanos, que se sepa, al cura Tanganilla —Francisco Paniagua Pérez— que fue sacerdote castrense y trajo de Filipinas la misteriosa fórmula del unguento de canutillo —ungüento amarillo y cerato simple, envuelto en cartas de baraja usada—, que durante tantos años chupó de todos los diviesos que se padecieron en Alcázar y en toda la redonda. Hermana de ambos lo fué la mujer de Joaquín Barco —Dominga Paniagua Pérez—, padres de Fulgencio, el herrero de la calle de la Pringue, que se casó con una de las hermanas de Don Vicente Moraleda.

Es una satisfacción inmensa poder ir completando la semblanza de las personas que tanto influyeron en la vida local y que a pesar de lo reciente de su existencia sorprende que se hable de ellas y causa la misma extrañeza que el buscar inútilmente algo, es decir, como si se los hubiera tragado la tierra.



EL RODAR DE LA VIDA

Es la historia verdadera y no sólo los hechos culminantes, gestados siempre en el menudo vivir.

Véase como un arroyuelo, el leve pasar del tío Cartagena hacia la fortaleza del muelle de la Estación.

Como su hermano Benitillo, fue puntual, cosa que se le notaba en el ir y venir, sobre todo para comer, a las doce en punto y que no le faltara el cocido, por ser el arreglo de la casa. Tan puntual era, que si algún nieta tenía que ir a comer y oía el toque de las campanas por la calle, ya no iba, seguro de llegar tarde.

Antes de afianzarse en el muelle o de que éste diera lo suficiente para vivir, era carromatero, llevaba carros de corambre con vino a Bilbao y traía fruta de Valencia. O sea, que lo del muelle le vino clavado. Y en él se hizo el amo. Llegaba, y entre bromas y veras con los dueños, llenaba de fruta el cojín de la manta y decía:

—El que no quiera que le roben, que no embarque.

Los chicos le pedían por la calle peras y manzanas, y él les decía:

—Mañana; cuando te limpies los mocos y las legañas.

Las bromas, siempre un poco fanfarronas, del muelle, le hacían responder cuando le preguntaban lo que almorzaba, que era cosa de poco.

—Me tomo el aguardiente en ca Perra; luego, café con churros, A media mañana, un chorizo y un huevo y, a las once, una taza de caldo y ya estoy hasta mediodía.

Era muy amigo de bazuquear en el puchero cuando volvía de en ca Perra. Una mañana le escondió las cucharas la Amalia y al no poder sacar el caldo, se lo encontró metiendo las tenazas en el puchero para sacar las patatas, con gran disgusto de su hermana que no quiso comer, pero entre él, Peseta y los chicos, se lo comieron todo. Pues aquellos hombres no eran fáciles de enfadar ni encontraban dificultades para hacer su santa voluntad. Cuando iba a Madrid y le preguntaban a qué, decía que iba a comprar un látigo a la Puerta del Sol.

Su hijo Peseta le heredó algunos dichos. Cuando le decían que a cómo estaba el vino respondía que a perrilla la copa.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1971